

Gloria a Duarte

DOCUMENTOS RELATIVOS A LA INAUGURACION DEL MONUMENTO ERIJIDO
EN HOMENAJE AL FUNDADOR DE LA REPUBLICA.

Santo Domingo, R. D.
Imprenta de J. R. Vda. García, Sucesores.
1930.





ESTATUA DEL HEROE

Corona el monumento, obra del escultor italiano Arturo Tomagnini, erigido en la Plaza Duarte el 16 de Julio del año 1930, aniversario 92o. de la fundación de la Trinitaria.

BN
923.27293
D81241

Programa

Organizado por la Junta Ereactora con el concurso del Ejecutivo y del Ayuntamiento de Santo Domingo, para la inauguración del monumento erijido, en la Plaza Duarte, como Homenaje Nacional al

Fundador DE LA REPUBLICA.

Miércoles 16 de Julio de 1930.

1o.—El Ayuntamiento, acompañado por la Junta Ereactora y representaciones oficiales, cumplirá el acuerdo con el cual se le atribuye el preclaro nombre de

ROSA DUARTE

a la calle Número 1 de Gascue.

Ese acto se efectuará a las 11 a. m.

2o.—La inauguración del monumento se iniciará a las 5 p. m. en este orden:

- a) Ofrenda floral por las escuelas. Estas, por turno, según vayan llegando, depositarán su ofrenda de flores en la base del monumento.
- b) El Himno a Duarte será cantado, por los escolares de las escuelas, con acompañamiento de la Banda de Música Municipal.

- c) La estatua del prócer trinitario será develada, a los acordes del Himno Nacional, ejecutado por las dos bandas de música —la Militar y la Municipal— mientras la Fortaleza saluda al Héroe con una salva de artillería.
 - d) Discurso del Lic. Rafael Estrella Ureña en su carácter de Presidente de la República.
 - e) Discurso inaugural por el Dr. Federico Henríquez y Carvajal, Presidente de la Junta Ereactora.
 - f) Palabras con que el Lic. Fco. A. Lizardo, Presidente del Ayuntamiento, recibe el monumento en nombre de la Ciudad Primada y de Rebrero.
 - g) Desfile de las escuelas y saludo a la estatua del egregio Fundador de la República.
- 3o.—Concierto en la Plaza Duarte de 8 a 10 p. m. Seré ejecutado, con números alternativos, por las dos Bandas de Música.

Santo Domingo, Julio 4 de 1930.

Fed. Henríquez y Carvajal,
Presidente de la Junta.

Rafael César Tolentino,
Secretario de Estado de la Presidencia.

Fco. A. Lizardo,
Presidente del Ayuntamiento.

Resoluciones del Ayuntamiento

El Ayuntamiento de Santo Domingo

Considerando, que la inauguración del monumento al Fundador de la República, Juan Pablo Duarte, constituye motivo de legítima satisfacción para el pueblo dominicano;

Considerando, que ha sido señalado el día 16 de julio del año en curso, aniversario de la fundación de La Trinitaria, para llevar a efecto la inauguración de dicho monumento;

En uso de sus atribuciones legales,

RESUELVE:

Art. 1o.— Declarar festivo para la co-

mún de Santo Domingo el día 16 de julio del año 1930.

Art. 2o.— Invitar a todos los vecinos de la Común de Santo Domingo a concurrir a los actos que se celebrarán con ese motivo y a ornamentar sus casas ese día.

DADA en la casa Consistorial de Santo Domingo, a los 15 días del mes de julio del año 1930.

El Presidente,
Dr. F. A. Lizardo.

El Secretario,
Lic. Fernando R. Hernández.

El Ayuntamiento de Santo Domingo

Considerando, que Rosa Duarte, interpretando el ideal del Fundador de la República, correspondió con su esfuerzo a la realidad de Patria libre,

RESUELVE:

Artículo Unico.— Honrar con el nombre inmo. tal de Rosa Duarte, la calle No. 1 del Barrio de Gascue.

DADA en la Casa Consistorial de Santo Domingo, a los 15 días del mes de julio del año 1930.

El Presidente,
Dr. F. A. Lizardo.

El Secretario,
Lic. Fernando R. Hernández.

HONRA A ROSA DUARTE

Se consagra con el nombre de Rosa Duarte la calle No. 1 del barrio de Gascue.

(Del diario "La Opinión").

Esta mañana a las 11-tuvo efecto el acto de inauguración de la lápida que, por resolución del Hon. Ayuntamiento de esta común, consagra con el nombre inmortal de ROSA DUARTE la calle No. 1 del barrio de Gascue.

En el sitio en que la nueva calle forma esquina con la César Nicolás Penson y en una de las columnas del enverjado de una de las casas, se encontraba la lápida consagratoria, cubierta con el pabellón dominicano. Allí se reunieron el Dr. Federico Henríquez y Carvajal, el Secretario de E. de la Presidencia, Sr. Rafael César Tolentino, una Comisión del Hon. Ayuntamiento y una parte del pueblo que fué a presenciar este acto sencillo y simbólico. El Sr. Presidente del Ayuntamiento, Dr. Francisco A. Lizardo, leyó en nombre del Cabildo capitalaño el siguiente discurso: Señores:

La gratitud es uno de los más nobles y elevados sentimientos del corazón humano. El hombre agradecido se eleva a la altura moral de su benefactor. También los pueblos en sus manifestaciones colectivas, tendientes a significar su reconocimiento y gratitud hacia todos cuantos se hayan empeñado en alcanzar su bienestar, realizan obra de bien que se refleja en ellos mismos, impulsándolos hacia su perfección moral y por ende hacia una verdadera y efectiva civilización.

He aquí, señoras, el valor y la significación del sencillo acto que realizamos: El Ayuntamiento de Santo Domingo, interpretando los nobles sentimientos de su pueblo y a iniciativa del Magistrado Alberto Arredondo Miura, ha consagrado a la memoria de Rosa Duarte, como un merecido homenaje de simpatías, esta calle No. 1 del Barrio de Gascue, y, al hacerlo, se ha inspirado en un elevado sentimiento de gratitud y de reconocimiento hacia esa ilustre dama, que, por sus virtudes y su acendrado patriotismo, sirve de espejo a la mujer dominicana y contribuye al brillo y gloria de la historia nacional.

Rosa Duarte, hermana predilecta del Fundador de la República, alentó con entu-

siasmo el ideal de patria libre y de sus manos salieron confeccionados muchos proyectiles de los disparados en las jornadas inmortales de la guerra de independencia.

Si este sencillo acto, emulador y exponente de un empeño decidido por alcanzar la mayor perfección moral, contribuye eficazmente a mantener en el corazón de todos los dominicanos el nombre de Rosa Duarte y estimula en todos el anhelo de alcanzar el mayor engrandecimiento de la Patria, aún a trueque de los más grandes sacrificios, entonces, Señoras, se habrá glorificado la ilustre dama de acuerdo con sus merecimientos y desde ultratumba sonreirá ella complacida por el beneficio derramado sobre su pueblo, tan solo con el milagro de su recuerdo.

Inmediatamente, y a los acordes del Himno Nacional, ejecutado por la Banda Municipal, el Presidente del Ayuntamiento descubrió la pequeña lápida en cuyo centro se leía esta inscripción: ROSA DUARTE, y más abajo, 16 DE JULIO 1930.

El Ayuntamiento estuvo representado por su Presidente, Dr. Francisco A. Lizardo, su Secretario, Lic. Fernando R. Hernández, el Síndico Municipal, Gral. Augusto Chottin, y los regidores, Lic. Pedro P. Peguero, Juan Morales Monclús, Manuel de J. Cisneros y José Ma. Travieso.

Un público bastante numeroso acudió a presenciar la inauguración de la lápida, y allí en medio de todos, la palabra del Maestro como cátedra patriótica habló de la ilustre personalidad de Rosa Duarte. Era, dijo, el alma grande y pura de su hermano envuelta con ropaje femenino. Ella fué para su hermano insigne lo que Regina Gómez para el Generalísimo Máximo Gómez. Y en el paralelo que de estas dos grandes mujeres hizo el Maestro, infundió en el grupo que le oía la figura dulce, fina y delicada, y siempre fuerte, de la hermana predilecta de Juan Pablo Duarte. "Cuando me encontré frente a ella, díjole una vez don Félix E. Mejía, sentí un grandísimo deseo de arrodillarme". Y este es el mejor elogio que de su alma inmaculada puede hacerse.

Discurso

PRONUNCIADO POR EL LIC. RAFAEL ESTRELLA UREÑA
EN SU CARACTER DE PRESIDENTE DE LA REPUBLICA.

Señores:

Considero como una verdadera felicidad, en mi condición de Presidente de la República, la ocasión que el destino me depara al pronunciar las palabras de apertura en este acto, en que el pueblo dominicano viene a rendir el tributo de su gratitud y de su reconocimiento al Fundador de la República.

El espíritu humano, acostumbrado al disfrute de las grandes conquistas que los genios y los héroes han realizado en los distintos campos de las actividades humanas, pierde, las más de las veces, la noción exacta de la importancia intrínseca de los hechos mismos, y la medida de los esfuerzos y de los sacrificios que han sido necesarios para realizarlos.

Nosotros somos un pueblo libre; nosotros vivimos en una nación independiente, que goza de las prerrogativas de una entidad internacional en el concierto de los pueblos civilizados. Mas, la generación presente no ha sido la que ha realizado la conquista de nuestra independencia, y no son todos los que ponderan en su justo valor la magnitud de la obra llevada a cabo por los gloriosos Trinitarios.

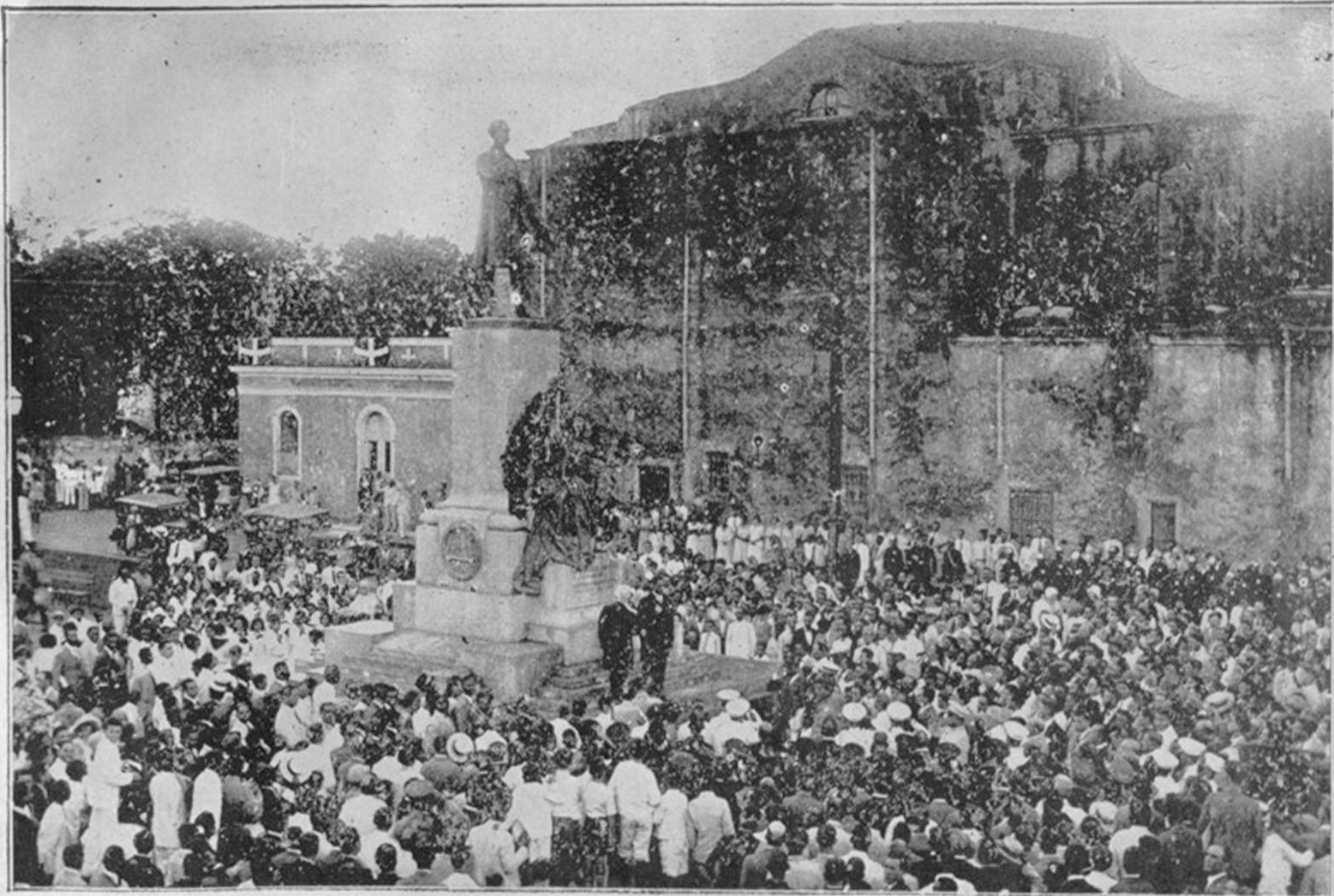
Por eso, en este día en que el pueblo dominicano se congrega al pie de la estatua del Fundador para asistir a este acto de su glori-

ficación, y en que queda recogida y plasmada en el bronce la figura apostólica de aquel que predicó los ideales de libertad en medio a las negruras de la esclavitud, es necesario que proyectemos toda la fuerza de nuestro espíritu para iluminar el camino de la historia, hasta adquirir la noción exacta de los inauditos esfuerzos y de los dolorosos sacrificios que tuvo que realizar el forjador de nuestra independencia.

So'lo así, después de haber adquirido el perfecto conocimiento de la obra realizada por Duarte y de elevar nuestro pensamiento hasta la altura de su grandeza inconmensurable, es cuando habremos tributado a tan ilustre varón el homenaje de nuestra admiración y la sincera expresión de nuestra imperecedera gratitud.

Y ahora, en este instante en que el Maestro al pie de la estatua del Fundador va a hacer el panegirico de su vida y el recuento de todos sus sacrificios, es oportuno que yo me dirija al pueblo para invitarle a meditar en la grandiosidad de los esfuerzos realizados por Duarte, el Padre de la Patria, y a formular, en este momento de solemnidad, el juramento de hacernos dignos y merecedores de la independencia que forjaron los Trinitarios en el Baluarte, el 27 de Febrero de 1844.

He dicho.



Momento en que —descubierta la estatua de Duarte - las bandas de música ejecutaban el Himno Nacional y la Fortaleza hacía la salva en honor del héroe. Al pie de la alegoría del juramento de los trinitarios, aparecen el Maestro y el Presidente de la República.

Discurso Inaugural

PRONUNCIADO POR EL DR. FED. HENRIQUEZ Y CARVAJAL COMO
PRESIDENTE DE LA JUNTA ERECTORA DEL MONUMENTO
A DUARTE.

HIMNO A DUARTE

En el Centenario del Fundador de la República

1813 — 1913

Versos del Maestro Fed. Henriquez i Carvajal
Música del Maestro José de Jesús Ravelo.

CORO

Flote al aire i al sol la bandera
en que cifra la Patria su honor;
cual paloma de paz, mensajera,
siempre lleve menaja de amor!

ESTROFAS

En falanjes de honor, en columnas
de patriota i cordial juventud,
lleguen todos, i alumnos i alumnas
den a Duarte fíal gratitud.

A la luz del primer centenario
nuevos lauros hoy da su laurel;
suyo fue el ideal trinitario
i hubo patria en febrero por él.

Gloria al ínclito prócer, primero
en la magna epopeya triunfal,
que, en un rasgo sencillo i austero,
alto ejemplo trazó de moral!
Gloria a Duarte! Su excelsa memoria
no fulgura en espada o fusil;
i ya tarda que exulte su gloria
casto mármol o bronce viril!

Salve, compatriotas!

¡Vengo hoy, en este fausto día de evocaciones i de apoteosis, a hablaros de la obra i de la vida del héroe. Vengo a hablaros de Duarte —el Primero i el Único— i hágolo, con la salud en quiebra, bajo el peso de los años i la pesadumbre de la vida.

Pero el discurso no es mío, o no es sólo mío, pues, para llenar mejor mi cometido, he solicitado el voto de calidad, definitivo, de una

nutrida legión de dominicanos conspicuos, próceres en su mayoría, representativos de cuatro generaciones sucesivas, los cuales han concurrido al sufragio nacional que reconoce i consagra i proclama —urbi et orbi— al maestro e inductor perillustre como Padre de la Patria i como Fundador de la República.

Al subir ahora a la tribuna, al aire libre, i apacentar la mirada, complacida i absorta, en la alborozada multitud que co'ma la Plaza-

Duarte i sus avenidas, hame parecido que estamos reunidos en el Agora de Atenas i que el pueblo ático ha acudido hoi, cual solia, no a holgar, sino a emitir el voto plébiscitario en la feliz ocasión de un acto festival magnífico.

I acuden a mi memoria los nombres clarísimos de los tres máximos oradores griegos. Surje i pasa Pericles, el sabio estadista de mente iluminada i verbo luminoso, que le dió paz i esplendor a Grecia i le dió su nombre ilustre a todo un siglo; i pasa Esquines, que logró ocultar bajo la fronda de su palabra abundantísima las veleidades i las concupiscencias de la política sin entrañas ni civismo; i pasa Demóstenes, el orador épico, el orador grandioso—para quien sin duda se creó ese neologismo— águila caudal que alzó a cimera altura i puso en líneas paralelas su férvido patriotismo i su elocuencia dominadora del tiempo i del espacio.

Mi pensamiento evoca también la austera figura de Aristides, ciudadano modelo i estratega invicto, cuando miro i admiro en la estatua la nobilísima figura del insigne mentor de los trinitarios. Aristides fue el nombre de guerra que tuvo Duarte como jefe de las huestes libertadoras desde el advenimiento de la Trinitaria. Evidente es la analogía que hubo entre ambos repúblicos virtuosos. El pueblo ateniense condenó al destierro al héroe de Maratón cuando se cansó de oír que se le llamaba el Justo; i el maestro i apóstol de la causa nacionalista dominicana fue condenado a ostracismo perpetuo, como traidor a la Patria, cuando el aura popular lo envolvía en sus ondas de luz del uno al otro extremo del país, no por el pueblo, el cual lo amaba i lo bendecía como "el deseado", sino por la caterva reaccionaria que hizo de la patria su feudo i jamás tuvo fe en el porvenir de la República.!

¡Bien estaría la estatua de Duarte, émulo de Aristides, en el Agora de Atenas, como símbolo trinitario de la Patria, la Libertad i la Justicia!

Compatriotas!

La traslación, en 1875, de los restos del ilustre febrerista Francisco del Rosario Sánchez, desde su tumba patibularia a la capilla

de inmortales, despertó al alma dominicana de su sueño de incuria i olvido respecto del mentor i guía de la juventud trinitaria i febrerista. La prensa fué el heraldo de la reacción del patriotismo en honra de Duarte. Fué entonces cuando Ignacio M. González, desde la presidencia de la República, le escribió una carta oficial, digna de ambos, con la cual lo invitaba a ponerle término a su exilio de seis lustros. En ella le decía —"que estaba en paz la república que concibió y creó su patriotismo".—

Duarte moría en Caracas en 1876, al cumplirse 38 años de haber fundado la Trinitaria en 1838, i con ese motivo infausto, el eminente ciudadano i restaurador que fué Ulises Francisco Espaillat, entonces Presidente de la República, en carta de pésame, decía a las hermanas del insigne prócer fenecido:—

—"Uno de mis primeros pensamientos, al llegar a la presidencia, fué el de llamar la atención nacional sobre la suerte del Mártir del Patriotismo".

Manuel de J. Galván, el ponderado autor de la leyenda de Enriquillo, entonces Secretario de Relaciones Exteriores, escribió la página del duelo nacional en la Gaceta Oficial de Santo Domingo, reconociéndolo como— "el primer caudillo de la independencia"— i realizando los timbres de su gloriosa vida con estos conceptos definitivos:

—"La historia, al formar juicio sobre los actos de tan insigne patriota, no encontrará en toda su existencia, bien que fecunda i trascendental como pocas, ni una gota de sangre, ni una mancha de lodo. Su memoria tiene derecho absoluto a las lágrimas i a la veneración de todos los dominicanos".

I veinte años después, en ocasión solemne, ponderaba la eficiencia de la noble faena nacionalista, iniciada i mantenida por el Jefe de la Revolución, i lo hacía con esta cláusula de su discurso en honra del mentor i guía de la juventud dominicana:— "Duarte, con ilustración superior a la de sus amigos i conciudadanos, con impresiones recogidas en el seno de la viril e indómita Cataluña, trala de Europa, adonde fue a educarse, la palabra de

orden, la consigna revolucionaria, el verbo de la conjuración por la libertad y la independencia, a aquella juventud altiva, también indómita y viril, también poseída del espíritu del derecho en rebelión contra las usurpaciones haitianas, pero que, falta de cohesión y unidad, necesitaba una inteligencia organizadora que aplicara el común esfuerzo a la rehabilitación de la patria envilecida”

El General Gregorio Luperón —el restaurador insigne, diestro en el manejo de la heroica espada y de la pluma cívica— fué de los primeros en ponderar y decir la gloria del inductor preclaro, y se complacía a menudo en la gesta del mentor y guía de las huestes trinitarias y febreristas. En su libro sobre la revolución restauradora hai estas estelas luminosas de la vida y la obra del iluminador de la conciencia dominicana:— “Al generoso Juan Pablo Duarte y sus valientes compañeros” —“Mientras Duarte y sus valerosos compañeros proclamaban la independencia, otros la preparaban su ruina” — “Cuando Duarte y sus generosos compañeros fundaron la República”

José Ramón López —periodista y escritor de talento claro y vasta cultura— alcanza a verlo en la cima más elevada de la virtud patricia y del sacrificio épico. Este es su concepto selectivo:— “La génesis de la nación dominicana es más alta y más pura todavía: comenzó en el corazón del más virtuoso entre todos sus hijos, en el corazón de Juan Pablo Duarte, varón integérrimo, que ofrendó fortuna, legítimas ambiciones, todo cuanto material y espiritualmente tenía, en homenaje a la patria que amó entrañablemente”.....

José M. Pichardo Betancourt, —Vicepresidente de la Junta Efectora de 1893 a 1897— dice en algunas líneas las excelencias del noble espíritu que se dió sin reservas y todo él a la causa nacionalista dominicana:— “Duarte ha sido la figura más alta y la más inmaculada en la historia patria. Concibe e inicia la idea sublime de ésta, a ella aplica todas las energías de su espíritu y de su cuerpo, su

bienestar y el de su familia; y, sin embargo de la ingratitud de sus conciudadanos, muere él y mueren los suyos bendiciendo la Patria por él creada. Qué generosidad tan grande, comparable sólo a la grandeza de su alma!”

Bernardo Pichardo —que iba sobre las huellas de su padre en su cívica devoción al prócer clarísimo— escribía en febrero de 1893, como presidente de una junta auxiliar que lucía, como suyo, el nombre ilustre de J. P. Duarte, una comunicación en la cual expresaba estas cálidas ideas: —“que el “Centro Duarte” coopera al levantamiento de la estatua al héroe de los héroes nacionales, al ilustre Mentor y Maestro de la generación libertadora, al Padre de la Patria, cuyo puesto de preeminencia se discute aún por la injusticia apasionada de unos pocos”

Rafael C. Castellanos —verbo en llamas en el ara de la religión y en el ara del nacionalismo— exclama con emoción patriótica:— “Ah! Al estudiar estos dos hechos, que en mi concepto son los más culminantes de nuestro Padre de la Patria, confieso que es tal mi admiración, que el entendimiento se postra reverente, ante su inmaculada figura, la imaginación despliega sus alas, y parece verle en el cielo de la inmortalidad, rodeado de los grandes libertadores, de los voceros de la justicia y del derecho, y de los abnegados defensores de las causas nobles!

Francisco Henríquez y Carvajal —escritor, estadista y maestro— sobrecogido de asombro ante el hecho infando e inicuo, al cual se refiere, escribe:— “Creada la República, por la separación de la de Haití, el primer hecho escandaloso fué la expulsión perpétua del territorio nacional, pronunciada contra el mismo Fundador de la República por supuesto crimen de traición a la Patria!”

Pedro Henríquez Ureña, crítico y ensayista, en su monografía acerca de la vida intelectual dominicana, se detiene ante la austera figura mental y cívica de Duarte y habla de él con este expresivo concepto:— “Ese joven, amante de la filosofía y de las ciencias, fue el Fundador de la República. Una frase

suya, de sabor griego, lo pinta:— La política no es una especulación: es la ciencia más digna, después de la filosofía, de ocupar a las inteligencias nobles—”

Manuel Arturo Machado, el de áureo estilo, vió en su obra nacionalista la dualidad fecunda de la acción i de la idea. Así se expresa: —“Duarte, hombre de pensamiento i de acción, supo prodigar ésta, con inquebrantable firmeza, en la hora de las resoluciones heróicas”.

¡ ante su tumba— en la traslación de los restos de José M. Serra a la Capilla de Inmortales— formula este vibrante apóstrofe que es un himno a la gloria de Duarte:— “Levántate i rompe el mármol sepulcral ¡oh Padre de la Patria! Tus discípulos dieron testimonio de tu doctrina!”

Fed. García Godoy —novelador i crítico de orientaciones nacionalistas— dedícale esta página de exaltación i preeminencia:— “Cumbre de esa juventud incontaminada e irreducible, plena de intenso amor al terruño desventurado, fue Juan Pablo Duarte, el futuro fundador de la nacionalidad dominicana. Acababa de regresar de Europa, de donde venía con el alma rebozante de aspiraciones de libertad i de justicia, i con el firme propósito de laborar por la redención de la patria, más querida cuanto más desdichada”.—

“Su influencia fue decisiva. Fundó la sociedad política “La Trinitaria”, cuna de la anaiada república, i con su tenaz empeño patriótico, rebelde a acentuados pesimismos imperantes, pobló con sus prédicas de ardoroso civismo el ambiente nativo de efluvios luminosos, de posibles reivindicaciones. Se le oyó como si fuera un vidente, capaz de penetrar en los secretos del cecuro porvenir”.....

En otra bella página, consagrada al encendido elogio de los trinitarios i los febreristas, prorrumpe en esta doble síntesis de su martirio i su heroísmo:

Así viven! i así mueren!....

I, deteniéndose ante la figura dolorosa del apóstol condenado a ostracismo perpetuo, lo ve cómo desciende al ocaso lejos de la patria que era el amor de sus amores:—

—“Duarte, el primeo en la propaganda i en la organización revolucionarias, se extin-

gue lentamente en larguísimo exilio, abrumado por indecible nostalgia i sin que la visión de la patria ensangrentada por las luchas civiles se aparte ni un solo minuto de sus ojos....”

Mariano A. Cestero i Casimiro N. de Moya —restaurador i repúblico el uno é historiógrafo i estadista el otro— ausentes del país al iniciarse la erección del monumento a Duarte— espresaron su adhesión con esta elocuente página epistolar dirigida, en 1893, al prócer presidente de la Junta Erectora:—

—“Sentimos mucho, casi lamentamos, que nuestra cooperación no pueda ser sino solamente moral; eso sí, en alto grado congratulá'oria de la felicísima idea —que la Junta presidida por usted protege i estimula— de perpetuar en mármol o en bronce la memoria del Padre de la Patria, memoria que el deber nos exige conservar, no sólo en imagen plástica, sino vivísima, dentro de la conciencia, para que nos sirva de modelo i ejemplo de civismo, i que la gratitud nos pide guardar en el corazón, como recuerdo perdurable de los altos i desinteresados servicios que ella representa para el patriotismo dominicano”—

Miguel Angel Garrido, prócer del periodismo, cierra su silueta del eximio trinitario con esta página que es un himno a su obra i a su vida:—

—“¿En qué página de la historia de los grandes sacrificios está escrito el nombre de tu émulo—, oh varón inmortal? —¿Quién puede en Grecia apellidarse, como tú, glorioso hijo del amor a la República?

¡Qué blanca santidad la de tu obra!

Fundador de la República, de un espíritu creador, en quien no pudo la amarga caricia del egoísmo torcer el rumbo de tus idealidades gloriosas, refulges en tí mismo con la sabiduría del empeño que apacentó tu delirio de patriota en busca de una redención que apellidaron loca los inertes, que no juraron los débiles, que combatieron, perturbándola, los conspicuos de aquella edad propicia al medro de la desconfianza; que no hubiera sido luz vencedora de la sombra —“que envolvía, como en sudario inmenso, las glorias de un pa-

sado heroico"— si tu palabra sugestiva no despierta a la Patria para coronar, en noche milagrosa, la épica realidad de Febrero"—

—Tu gloria, oh Duarte! no tiene eclipse!"

"Padre de la Patria en la cruzada de la Independencia, erguido en la cruzada de la Restauración, bajaste a la tumba, "como un sol de llamas que se hunde en el abismo", dejando a tus hermanos en la miseria —ellos que fueron ricos i ofrendaron a la Patria sus riquezas— i legándoles como único patrimonio la locura, i el hambre, i la eterna impiedad de tus conciudadanos!"—

I aun vibra en la pluma del bizarro periodista este grito clamoroso del alma dominicana:— "Más grande que tú ni la Patria misma.!"—

Félix M. Del Monte —trinitario, orador i poeta— primer Presidente que fué de la primera Junta Erectora de la Estatua a Duarte— preguntábale en los días bélicos de la Restauración:

—"Por qué no estás en el Cibao? Es que no hai espacio para el Padre de la Patria i su Protomártir al mismo tiempo?"— El ignoraba que Duarte había acudido al campo ardido de la guerra i vuelto a salir como Plenipotenciario de la revolución restauradora...

Once años después, en una sentida necrología, decía las excelencias de la vida del iniciador i protomártir con estas frases de amor i justicia:

—"Brilló por fin la aurora del 27 de Febrero de 1844, cuyo éxito colmó la noble aspiración de aquel patriota desinteresado, que no soñó jamás con otra gloria que con la de lavar la mancha de la ocupación i afrenta de su país. Sin embargo: una parte de éste quiso, por gratitud, elegirle como su primer magistrado. El hombre de la idea redentora ora mui capaz de haberle dado dirección a la cosa pública. El llevaba en su mente aquella creación política, encarnación fe iz de sus largos ensueños, i sólo él, por entonces, hubiera podido imprimir a la Revolución de Febrero el sello de su magnífica concepción e impedido sus primeros desvíos i sus posteriores clau-

dicaciones". "Duarte crecerá con los tiempos, mejor dicho, se elevará en sus verdaderas proporciones de héroe tallado a la antigua; i la posteridad, justa siempre con los grandes hombres, concederá a su memoria el tributo de admiración que, con tanto tesón, le negaron sus contemporáneos"—

José Gabriel García, orientador i heraldo de la historia patria, consagró a la vida i a la obra del prócer perillustre varias páginas a plena luz de verdad i de civismo.

En una de ellas afirma:— "Pero, entre todos los personajes esclarecidos que sirven de adorno a la diadema de las glorias patrias, asoman, más de relieve que los otros, cuatro figuras culminantes, cuatro caudillos afortunados, que, por el asombroso ascendiente que tuvieron sobre las masas populares, no menos que por la influencia i soberanía que ejercieron sobre los destinos del país, pueden ser considerados como los astros más resplandecientes que hasta hoi han lucido en el cielo siempre esplendoroso de Quisqueya. Estos varones singulares son: el Eregadier don Juan Sánchez Ramírez, el Licenciado don José Nuñez de Cáceres, el General Pedro Santana i el Ilustre Prócer Juan Pablo Duarte".

En otra confirma:— "No creemos aventurado considerar la gloria de Juan Pablo Duarte como más imperecedera que la de los demás caudillos dominicanos, entre los cuales ocupa, indisputablemente, el primer término, por la mayor importancia de su obra i por lo grandioso de la augusta misión para la que nació predestinado"—

Leonidas i Alcides García —hijos del historiador a quien se debe la orientación de la historia patria— han consagrado sus horas de vigilia al estudio de la labor ingente i la vida sin sombras de Duarte. El uno ha escrito:— "Los juicios emitidos por hombres notables de distintas generaciones bastan para dar una idea del gran sufragio del pueblo dominicano en favor de la gloria purísima del egregio J. P. Duarte, a quien se le han conferido con entera justicia los títulos de Padre de la Patria i Fundador de la República"—

El otro concluye:— “La duración de la labor de Duarte, los miles de medios de que se valió para hacerla eficiente, la magnitud de su sacrificio, no han sido todavía apreciados en su verdadero valor ni aun por los más entusiastas de sus apolojistas —Duarte es infinito!—

Fernando Arturo de Meriño —el maestro de la elocuencia i del civismo— proclama i exulta la obra, la vida i la gloria del patrio egregio, en la oración fúnebre conque hizo el panegírico i ungió los restos de Duarte en la apoteósis del héroe el 27 de Febrero de 1884.

Radiante de juventud —cuando apenas tenía 21 años— como el elegido de los dioses lares lo ve llegar de España al solar nativo lleno de sombras agoreras:— “Allá, en la antigua metrópoli se había educado un joven de claro talento, hijo de una familia distinguida por su posición social, por sus piadosas virtudes i por su acendrado amor al patrio suelo. Era, sin duda, el elegido del Señor para que devolviese el regocijo al corazón angustiado del pueblo creyente que clamaba a las puertas de su justicia. Le había llevado de la mano i puéstole en camino de ir a templar su alma varonil al sol de sus antepasados. Encendió en su pecho la llama inextinguible que volcaniza al de los grandes predestinados, i circundó su espíritu con los esplendores del genio i del heroísmo”.....

Luego asiste a su thabor i lo ve cómo se transfigura:— “De ahí que se le viése tornarse taciturno i distraído, en horas de expansiones, como quien busca con ahinco en el fondo del discurso la resolución de difícil problema..... Era que del pacífico ciudadano iba surgiendo el héroe-caucillo”——

Después lo ve, i lo admira de alma entera, de pie sobre la cumbre:— “De ese espíritu abnegado i vigoroso sintióse Duarte animado; i se remontó a esas alturas cuando hizo la resolución de rescatar los fueros de su nacionalidad, rompiendo el yugo de la tiranía. Rodeado de un grupo de jóvenes que, como él, tenían el pudor de conrojarse en la humillación, les habló un día el lenguaje elocuente i enérgico de la dignidad ofendida, i

les excitó a la lucha contra el poder dominante”.....

Por último (—el ostracismo perpetuo había sido de cuarenta años—) lo ve como surge de extraña sepultura, siempre con su blanca cruz a cuestas, para venir a ofrecernos sus restos mortales cual una reliquia del patriotismo dominicano; i en los labios del orador sagrado vibra el apóstrofe i el duelo nacional se trueca en apoteósis:— “Volviste, ilustre varón, volviste al cabo de ocho lustros de dolorosa ausencia, con toda la honra que te merecieron tu abnegación i sacrificios i tu ferviente patriotismo. Digno eres de la apoteósis con que tu pueblo ensalza las grandes virtudes que en tí resplandecieron! Padre de la Patria, en el Señor i en ella descansa en paz!”.....

Emiliano Tejera —prócer del nacionalismo i justiciero apolojista del prócer perillustre— luego de trazar con pluma de oro la visión optimista del “primero en la extensión del sacrificio”, como lo fué en el apostolado de la causa libertadora,— cierra la exposición dirigida al Congreso Nacional el 27 de Febrero de 1894, en el semicentenario de la República, con estas líneas forjadoras de la vera efigies del héroe:—

—“Duarte no ha sido el héroe de los combates, ni el representante de la fuerza, en ninguna de sus representaciones. Fué un apóstol del derecho; fué de la escuela de Sócrates, de Bruto, de Catón, de las Casas, de Washington, de Lincoln, de Juárez..... de todos los adalides antiguos i modernos de la justicia i la libertad. Su ideal fué el derecho; i se esforzó en inculcárselo a sus conciudadanos, i en dársele como espíritu vivificador a la patria que contribuyó a fundar. Ese espíritu fué el que venció el 27 de Febrero; el que impulsó a los mártires de Moca i de Santiago; el que dió aliento poderoso a Sánchez i sus patriotas compañeros, para preferir el martirio con gloria a la vida con ignominia; el que animó a los viriles campeones del glorioso 16 de Agosto, a lanzar a los vientos, con demencia heróica, la enseña que parecía abatida para siempre. Ese espíritu vive aún en el corazón de los dominicanos, a despecho de pasajeros eclipses, i será el que

un día lleve a la Patria al puesto que debe ocupar en el mundo colombiano”.

I, como si a ese medallón le faltase uno de sus perfiles de alto relieve, proclama:— “El dominicano de gloria más pura, así como es también el más grande entre los fundadores de la patria por la alteza de su concepción, la fecundidad de su labor i su desinterés i su abnegación imponderables”—

Compatriotas:

Tres antillanos prestantísimos —præeres del Archipiélago colombiano—, el Maestro, el Héroe i el Apóstol, concurren con su voto de calidad a este sufragio de amor i de justicia.

Eugenio M. de Hostos —el sociólogo, moralista i maestro esclarecido— al presentarlo a sus discípulos como alto ejemplo de perenne i abnegado sacrificio en el ara de la patria, lo ve cómo reanuda la ruta dolorosa del destierro indefinido i cómo muere lejos de ella, la sin ventura, para aliviarla de la pesadumbre de su muerte en el exilio.

—“Cuando el Cibao, a quien estaba encomendada la restauración de la independencia, hizo los prodigios que hizo, Duarte se presentó a ocupar su puesto. Parece que en aquel momento dió comienzo su agonía. Parece que, desde aquel momento, volvió a ver de cerca la ingratitud que lo había desterrado hacía ya veinte años. Parece que, desde aquel momento, vió la incompatibilidad que había entre él i los otros, entre los nuevos i los viejos organizadores de la defensa de la patria. Parece que, desde aquel momento, se condenó a muerte en el destierro.”

—“Indudable es que Duarte se desterró otra vez, que otra vez se fué a vagar hambriento i solitario, solitario i hambriento, por campos tan impróvidos como éstos, i como casi todos, para la abnegación i el patriotismo. Pero también es indudable que la patria le debió un último servicio: el de morir lejos de ella, quitándole de encima el peso del remordimiento!”.

Máximo Gómez i José Martí, fueron de los primeros en adherirse, en 1893, al home-

naje en honra del insigne prócer dominicano. El generalísimo de las huestes libertadoras de Cuba, nuestro ilustre compatriota, solicitó de los cubanos en exilio que le diesen su concurso a la erección del monumento a Duarte. Decíales:

—“En todos los países se han alzado monumentos para eternizar el recuerdo de sus libertadores, como tributo de justicia que se les debe. Por eso, hoy, la República Dominicana se propone pagar la deuda de gratitud que tiene contraída con el benemérito patriota que fundó su nacionalidad, i ha resuelto originar una estatua que perpetúe el nombre de Juan Pablo Duarte.

Mi gratitud será eterna para todos los que me ayuden en esta obra meritoria”—

I Martí —en el órgano i heraldo de la causa libertadora de Cuba— con la pluma de águila del orador i con la pluma de cisne del poeta, respondió al reclamo del estratega invicto con estas cláusulas exultadoras:

“I Patria, General, que en el valor de los hombres i en la lealtad de las mujeres ve erigida para siempre en la conciencia dominicana la vigilancia indómita con que alzó a su pueblo caído el fundador Duarte. . . .

Patria, que lo contempla aún, creador sagaz, iluminar con la palabra ardiente, acusada de ilusa i demagógica, a la juventud que en las humildades de la Trinitaria aprendió de él a desoír el vil consejo de la soberbia acomodada. . . . Patria, que lo ve urdir, con el poder de su consejo —i sin más brazos que la idea, madre de brazos— la rebelión que, de una pechada de héroes, echó atrás al haitiano, tan grande cuando defendía su libertad como culpable cuando oprimía la ajena. . . .

Patria, que ve aún, con júbilo del alma hermana, encenderse en el aire el fogonazo del trabuco de Mella, i caer, en pié, en un pueblo invencible, de los pliegues que desriza, abriéndose a la muerte, la bandera de Sánchez, allá en la Puerta del Conde, famosa en aquel día de las entrañas: el 27 de Febrero. . . .

Patria, que lo vió luego, víctima de sus hijos, echado del poder, que era en sus manos como el arca de la república, i morir en la expatriación triste i pobre, como servicio último a la patria, ante cuyos apetitos i des-

mayos se debe erigir la libertad, a fin de preservarse mejor, con la poesía del sacrificio....

Patria, con sus dos manos extendidas, pide a los cubanos i puertorriqueños su tributo para el monumento de Duarte: el tributo de los americanos a un mártir de la libertad que redime i edifica: el tributo de la gratitud de los cubanos a la patria de los héroes que cargaron su cruz en el hombro ensangrentado, i con el casco de sus caballos fueron marcando en Cuba el camino del honor.....!—

Antes —en una página fraternal en honra mía— el héroe-mártir de Bocas de Dos Ríos había expresado este pensamiento admirativo:— “Con ocho jóvenes, “de alma generosa i aspiración nobilísima”, juró Duarte i realizó la fundación de la República!”.

Compatriotas:—

La apoteosis de Duarte se había iniciado con el sufragio de sus contemporáneos. El era, para todos, el profeta, el inductor, el apóstol, el maestro, el mentor i el guía de sus discípulos, sus compañeros i sus colaboradores. Cuatro o cinco años de hondo estudio del medio i seis de absoluta dedicación al servicio de la causa libertadora, como Jefe de la revolución i genitor de la nacionalidad —de 1833 a 1844— destácanlo como el primero en la obra magna i el único en la adhesión i el amor de los trinitarios i febreristas.

Cuando a los quince días de proclamada en el Baluarte la separación e independencia, llega del ostracismo, llamado por la Junta Gubernativa, se le recibe entre lauros i aclamaciones —; las primeras del pueblo redimido fueron en honor de Duarte!— con los honores debidos al Jefe de la Revolución i Fundador de la República.

El Vicario i Pastor de la grei dominicana, el de alma pura i limpia, luego primer Arzobispo de la nueva república, le da la bienvenida con este efusivo saludo:— “Salve, Padre de la Patria!”.

I la pluma de José M. Serra, el trinitario periodista, recogiendo el eco del alma popular, repite e apóstrofe como un saludo de filial

reconocimiento:— “Padre de la Patria!”.

Francisco del Rosario Sánchez, su delegado, ilustre caudillo del baluarte, en un sincero raptó de amor al “deseado”, trueca su hogar en duelo en centro del júbilo nacional, con esta explosión de gratitud i de civismo:— “Hoi no hai luto en esta casa. La patria está de pláceme. Viste de gala, i Don Juan mismo, desde el cielo, bendice i se goza en tan fausto día!”.

El Presbítero José Antonio Bonilla, patriota i trinitario, enjuga las lágrimas de la noble viuda i madre augusta con estas unciosas palabras:— “Si su esposo viviese, el día de hoi sería para usted un día de júbilo que sólo se puede disfrutar en el cielo..... ¡Dichosa la madre que ha podido darle a su patria un hijo que tanto la honra!

La Junta Central Gubernativa, apenas llegado al solar nativo, lo llama i recibe en su seno como miembro del Gobierno, presidido por Ramón Mella, i a poco le atribuye el carácter de Jefe de operaciones para ejercer, en concurrencia con Pedro Santana, la Jefatura del Ejército i la dirección estratégica en la campaña del Sur; i, entonces, una nutrida legión de oficiales pide el ascenso a general divisionario para Duarte, Sánchez i Mella, i para el primero —como había sido el único general en su carácter de Jefe de la Revolución separatista— el título de Comandante en Jefe del Ejército. Esa solicitud trae en su abono estos motivos de honor i justicia:— “Que Duarte había sido el hombre que, desde muchos años, estuvo constantemente consagrado al bien de la patria i, por medio de sociedades, adquiriendo prosélitos, regando públicamente la semilla de la Separación.— Que había sido quien más había contribuido a formar el espíritu de libertad e independencia en el suelo dominicano, sufriendo mucho por la patria. Que su nombre fué invocado inmediatamente después de los nombres Dios, Patria i Libertad —considerándolo siempre como el Caudillo de la Revolución”.....

I cuando la Junta —sin deferir a su plan estratégico de atravesar la cordillera por Constanza para caer a retaguardia de las huestes haitianas, colocándolas entre dos fue-

gos, i batirlas i aniquilarlas como término de la campaña del sur— le confía, sin embargo, la pacificación i la organización del Cibao, como Delegado Civil i Jefe Militar de aquellas comarcas, el adalid preclaro que fué el general Ramón Mella —para quien el sembrador e iluminador nacionalista lo era todo i todo lo merecía— escribíale a su ilustre compañero de la noche gloriosa su célebre frase del arrogante gesto:— “Llegó mi deseado i te lo devolveré Presidente!”

Tan entrañable era el amor que le tenían i tan leal i absoluta era la adhesión que profesaban a Duarte los heroicos hermanos gemelos en la gloria del Baluarte!

El Benjamín de la Trinitaria —Pedro Alejandrino Pina— como si hubiese visto de nuevo al sol de aquel espíritu nobilísimo rasgar las tinieblas de veinte años de ausencia i de silencio i de olvido, imágenes de la muerte, irrumpe con este grito cordial del alma henchida de alborozo:— “General Juan Pablo Duarte! Decano de los Libertadores de Santo Domingo i el Primer General en Jefe de su Ejército! Algo hai de providencial en el hecho de saberse del Fundador de la República en circunstancias en que la Patria está a pique de perderse!”.

Otro trinitario de la primera hora —Félix M. Ruiz— el cual conservó en su corazón hasta su muerte en Mérida de los Andes, el culto del amor a Duarte i a la Patria de Julio i de Febrero, invocaba en su largo ostracismo, a la una i al otro al hacer encendido encomio de “la obra magna, la sin igual labor, el sublime enjendro del desgraciado Juan Pablo Duarte i de sus fieles compañeros mártires”.

Juan Isidro Pérez —otro trinitario de la vanguardia en la legión sagrada— selecto espíritu de pensador austero, que a poco fué el ilustre loco, —anticípase, en un rasgo cívico justiciero, i dicta con serenidad de razón i de conciencia lo que la historia habría de decir en exultación de la obra i de la vida del héroe sin mancilla:— “La historia dirá: que tú fuiste el Mentor de la juventud contemporánea de la Patria; que conspiraste, a la par de

sus padres, por la perfección moral de toda ella. La historia dirá: que fuiste el apóstol de la Libertad e Independencia de tu Patria.

Ella dirá: que no le trazaste a tus compatriotas el ejemplo de abyección e ignominia que le dieron los que te expulsaron, cual a otro Aristides. Ella dirá: que fuiste el único vocal de la Junta Central Gubernativa que, con una honradez a toda prueba, se opuso a la enagenación de la península de Samaná, cuando tus enemigos, por cobardía, abyección o infamia, querían sacrificar el bien de la Patria por su interés particular. La oposición a la enagenación de Samaná es el servicio más importante que se ha prestado al país i a la Revolución.

¡Vive, Juan Pablo, i gloriáte en tu ostracismo, i que se glorie tu santa madre i toda tu honorable familia!”

Oídlo, conciudadanos! i vosotros también, escolares de hoy i ciudadanos del futuro! Duarte —el mentor, el maestro, el apóstol, el guía, el padre, el fundador— fué el único que, a plena luz del día i a plena luz del patriotismo, alzó la voz de la protesta i opuso su veto cívico al voto de la infamia i la cobardía, cuando los vendimiadores, con la complicidad del silencio de los pusilánimes, iniciaron, en el alba de la república, el egoista i torpe proceso de las enajenaciones, los protectorados i las anexiones inícuas!

El fué el único! sólo él !

Compatriotas:

Esas páginas —que ya pertenecen a la historia i todas son dignas del mármol i del bronce— constituyen el sufragio de cuatro generaciones i la posteridad las acoge como una ofrenda votiva del alma nacional. Esas páginas forman, en escala ascendente, una pirámide o una montaña que le sirve de pedestal a la figura épica, moral i cívica, del primero i el más virtuoso de cuantos fueron, con él, los forjadores de la nacionalidad dominicana.

Encima de ese pedestal, a modo de pirámide trunca, cabía colocar un zócalo, i el mismo prócer eximio lo labró, poco antes de entrar en el misterio de ultratumba, con unas



cuantas palabras que son la síntesis de su vida inmaculada. En ellas se alza, diáfana i luminosa, la figura del patricio perillustre.

Conciudadanos: oídlo, como yo lo estoy en este momento, con el alma de rodillas:

—“Si me pronuncié dominicano independiente, desde el 16 de julio de 1838, cuando los nombres de patria, libertad i honor nacional se hallaban proscritos, como palabras infames, i por ello merecí, en el año 1843, ser perseguido a muerte por esa facción, entonces haitiana, i por Rivière, que la protegía, i a quien engañaron; si después, en el año 1844, me pronuncié contra el protectorado francés, deseado por esas facciones, i cesión de la península de Samaná a esa potencia, —mereciendo por ello todos los males que sobre mi han llovido; si después de veinte años de ausencia he vuelto espontáneamente a mi patria, a protestar con las armas en la mano, contra la anexión a España, llevada a cabo, a despecho del voto nacional, por la superchería de ese bando traidor y parricida,— no es de esperarse que yo deje de protestar, y conmigo todo buen dominicano, cual protesto i protestaré siempre, no digo tan solo contra la anexión de mi patria a los Estados Unidos, sino a cualquiera otra potencia de la tierra, i al mismo tiempo contra cualquier tratado que tienda a menoscabar en lo más mínimo nuestra independencia nacional, y cercenar nuestro territorio, o cualquiera de los derechos del pueblo dominicano”.

—“Visto el sezzo que por una parte toma la política franco-española, i por otra la anglo-americana, i por otra la importancia que en sí posee nuestra isla para el desarrollo de sus planes ulteriores, no deberemos extrañar que un día se vean en ella fuerzas de cada una de aquellas, peleando por lo que no es suyo. Entonces podrá haber necios que, por imprevisión o cobardía, ambición o perversidad, corran a ocultar su ignominia a la sombra de esta o aquella bandera extraña; i, como llegado el caso, no habrá un solo dominicano que pueda decir: yo soy neutral, sino que tendrá cada uno que pronunciarse contra o por la patria, es bien que yo os diga, desde ahora, más que sea repitiéndome: Que, por desesperada que sea la causa de mi patria, siempre será la causa del honor, i que siem-

pre estaré dispuesto a honrar su enseña con mi sangre!”

Esa fué la última protesta i la última palabra del evangelio cívico i nacionalista de su obra i de su vida. . . .

Conciudadanos:

En la pirámide erigida con los sufragios espirituales de cuatro generaciones, he puesto yo también algo de mi espíritu, apacentado en su fecundo espíritu de sembrador e iluminador augusto, con el verbo o con la pluma.

Mi último voto es una nueva ofrenda a la aza de la patria:—

—“El es el Primero!”

Fué el primero en el ideal, en la iniciativa, en el esfuerzo, en la orientación nacionalista, en la faena revolucionaria, en el sacrificio épico, en el martirio, sin transacciones cobardes ni abdicaciones de la conciencia sin mancilla.

El Primero en la obra magna i el único en la virtud excelsa!

El es el Fundador de la República!”

Cuando el voto nacional hizo suya la cívica iniciativa del Ayuntamiento capitaleño, expresión sincera i viva de la voluntad de todo un pueblo, yo me dí a pensar en cuál sería el momento psicológico del héroe que su estatua debía evocar; i tracé, en algunas líneas, la serena i noble apostura del jefe de la causa nacionalista en la hora solemne i decisiva del juramento inductor del justo Aristides de los Trinitarios.

Ese perfil revelador de su psicología fué acogido, fervorosamente, por la primera Junta Electora bajo la presidencia de Fernando A. de Meriño i de Félix M. Del Monte, ponderado i loado en la prensa por escritores discretos, i adoptada por Agustín Querol, el malogrado escultor hispano, cuyo fué el admirable boceto que en esas líneas se inspirara.

Héio aquí tal como surgió de mi admiración i de mi pluma hace más de siete lustros:

—“Era el 16 de julio de 1838.

Allí, en una modesta casa, no lejos del templo en donde la piedad o el fervor de los fieles alzaba himnos i preces a la Virgen del Carmen, estaban reunidos nueve jóvenes entusiastas, de alma generosa i aspiraciones nobilísimas, convocados por uno de ellos, guía i maestro, por el Primero, para ser iniciados por él en un plan de redención del pueblo esclavo i víctima de oprobiosa tiranía. El Primero expuso, con elocuente verbo de creador, su idea de patria libre, de separación o muerte, i desarrolló su vasto plan revolucionario, con copia de argumentos i de datos, puesta la mira de predestinado en la fundación de la República Dominicana.

Un voto unánime, voto de conciencia iluminada, voto de convencidos, correspondió sin reservas al reclamo del maestro. Entonces, todos de pié, los trinitarios fundadores, los primeros iniciados en el magno pensamiento i el óptimo propósito, juraron, ante Dios i ante Duarte, consagrar esfuerzos i vida a la obra de patriotismo eminente".

—“Duarte juró enseguida.

Miradle con los ojos del espíritu.

Alzase en primer término, frente a sus futuros colaboradores, apóstolos de su credo, en la siniestra mano el documento histórico, el decálogo de los patriotas, en el cual se lee: Dios, Patria i Libertad — República Dominicana ; la diestra inmaculada extendida a la altura del corazón magnánimo; la honda i reveladora mirada en lo alto, como cerniéndose en los nuevos horizontes que se abren i ensanchan ante él, o como quien siempre surgir de su creador espíritu el verbo hecho carne, o sea hecho patria”

“Es la génesis que principia!”

Compatriotas:

Con ese mismo perfil, adoptado también para el concurso por la última Junta Erectora, ha plasmado i forjado el escultor italiano Arturo Tomagnini la erecta estatua que corona el monumento erigido a la memoria i en honra de Juan Pablo Duarte.

I ahí está, como estuvo en la hora de sus transfiguraciones espirituales. Ahí está, en la hora de su consagración a la causa liberta-

dora de su pueblo i creadora de la nacionalidad, i vemos cómo, en escala ascendente, el hombre se hizo ciudadano, el ciudadano se hizo prócer, el prócer se hizo héroe, i el héroe hizo de su vida modelo el más alto ejemplo de edificación cívica i nacionalista.

Ahí está de pié, porque él es la libertad i la patria, i la patria no se concibe sino en marcha hacia el futuro ni la libertad sino iluminando el mundo!

Ahí está como un símbolo de los sueños, los anhelos i los ideales trinitarios i febreristas; i como una síntesis de las angustias, los sacrificios i los dolores ingentes de la patria.

Ahí está, con la diestra a la altura del pecho generoso, presto a extenderla, con índice inductor, para señalar a su pueblo, como solía, la única senda por donde le es dado ir hacia la tierra prometida: la república honesta i cordial de todos, con todos i para todos.

Ahí está, con algo o mucho del Nazareno, cuando éste iba con la cruz al hombro por la calle de la amargura i con destino al Gólgota, pues la iniquidad, hecha gobierno de facto i de fuerza, lo condenó a cargar sobre el corazón, sangrando —oh sagrado corazón de Jesús!— la misma cruz tremolada por él como signo de redención i como emblema de amor i paz i armonía entre los hombres i los pueblos.

El nuevo Cristo había ido, durante los treintidos años de su ostracismo perpetuo, con la ponderosa cruz de sus máximos dolores encima del corazón arrítmico, sin dar una sola caída en esa ruta de tinieblas, hasta rendirse en el seno de la muerte con la nivea rosa del perdón sobre los labios i la diáfana perla de una lágrima de amor en la pupila, mientras se desvanecía en su espíritu la visión inefable de la patria libre, feliz i civilizada, como surgió, en tal día como hoy, de las tres potencias de su alma fundadora.

I ahí estás, ¡oh Duarte! en actitud cívica i en gesto épico, mentor i guía, apóstol i maestro, padre i fundador, i yo evoco de nuevo tu vida de prócer, consagrada al culto divino de la patria, i alcanzo a verte, en un período de más de treinta años de martirio, perseguido, acosado, preso, expulsado, vilipendiado, escarnecido, víctima propiciatoria de toda

suerte de iniquidades, huyéndole a la envenenada atmósfera de la malevolencia, la maledicencia i la maledicencia, sumirte i desaparecer en la selva oscura del Río-Negro —entre el Orinoco i el Amazonas— que fueron para tí el Río-Leteo i la selva negra del olvido; i, más tarde, reaparecer como una sombra, ya envejecido, pobre i enfermo, para recluirte en tu hogar en duelo i en el dolor de la meditación i el silencio, solitario i triste, i, antes i luego i después, vivir callando, que es vivir muriendo, porque el silencio es el pudor de las almas superiores.!

Así viviste, si eso es vivir, años i años, sin una inútil queja i sin maldecir tu destino, ni dolerte de tu infortunio, sino de la desventura de la patria, en continua introspección espiritual, contemplando tu obra trunca i tu vida en fracaso, aquilatando tu virtud i tu sacrificio, ambos heróicos, en perenne monólogo interno, que nunca acibaraste con la duda ni con la renuncia de tu amor al ideal i de tu culto a la patria.

Ahora me parece oírte musitar, hablando a solas contigo mismo, poco antes de ex-

tinguirse en tu cerebro el último rayo de luz i en tu corazón el último ritmo de tu fecunda vida, estas palabras de santidad i de heroísmo: —*Dulce et decorum est pro patria mori*. . . .— Es dulce i es bello i es heróico morir por la patria; pero es aún más dulce i más bello i más heróico vivir muriendo, bajo el peso del dolor i la agonía, con el ansia loca, con el ansia viva i perenne de morir al cabo por la patria!

Pueblo dominicano! surgido del fondo de las tinieblas i la ignominia a la luz de la libertad i el decoro nacional, al viril conjuro del inductor i profeta de los trinitarios i febreristas, la hora es popicia para un examen de conciencia!

Pueblo del 16 de Julio, del 16 de Agosto i del 27 de Febrero, ¡pueblo mío! despierta del sueño letárgico de indiferencia i egoísmo en que has caído i yaces a menudo, surge et ambula, al reclamo de ese último ritmo de virtud i heroísmo, que aún vibra i para siempre en la obra magna i aun fulgura i para siempre en la vida óptima del Padre de la Patria i Fundador de la República!

Discurso

Pronunciado por el Dr. F. A. LIZARDO, en su carácter de Presidente del Ayuntamiento de Santo Domingo.

Señores:

El deber cumplido o la terminación de la obra comenzada deja siempre en el corazón humano la mas natural y la mas legítima satisfacción.

En este momento, hay motivos suficientes para que nuestros corazones latan acordes, movidos por la misma emoción que necesariamente ha determinado el cumplimiento del sagrado deber de perpetuar en bronce la figura majestuosa de JUAN PABLO DUARTE.

La ciudad de Santo Domingo se regocija con motivo de tan fausto acontecimiento.

Este monumento es la cristalización del amor y de la gratitud del pueblo dominicano al Padre de la Patria; como obra material, la ciudad se enorgullece de ella, como obra espiritual, será la primera en el corazón de todos los dominicanos y transponiendo los límites de la Ciudad de Febrero llenará todos los ámbitos de la Republica. En mi calidad de Presidente del Ayuntamiento la recibo, profundamente conmovido, para ser conservada como un monumento de valor patriótico, que sirva de estímulo a las generaciones futuras, a fin de que todos mis conciudadanos se inspiren y vivan en las virtudes que simboliza.

Yo prometo que el Ayuntamiento de San-

to Domingo, que sabe apreciar en su verídico valor el monumento que recibe, lo habrá de conservar con todo el amor, con todo el cuidado y con todo el patriotismo que demanda la memoria de aquel hombre inmortal que fué grande en el ideal, en el cumplimiento de sus deberes patrióticos y en el sacrificio concienzudo a que lo precipitó la ingratitude de sus contemporáneos.

Yo prometo que el Ayuntamiento de Santo Domingo impondrá respeto y veneración a la efigie en bronce de aquel hombre tan grande y tan humano, que jamás pudo plagarse ni ante un incentivo, ni ante una pasión, ni siquiera ante sus propias esperanzas; de aquel hombre que estimó en la política la más elevada de las ciencias, o dicho de otro modo, el símbolo más difícil y complejo de la ilustración humana.

El Ayuntamiento, que reconoce el valor trascendental de la República ideal del hombre cuya efigie en bronce contemplamos, anhela porque el pueblo dominicano inspire sus actividades en la virtud y en la eficacia de ese ideal, a fin de definir y conservar el orden armónico requerido por las condiciones generales de nuestra organización político-social, repeliendo lo torpe y acatando lo justo. Ese proceder constituirá la más hermosa glorificación de los Padres de la Patria.

Discurso

Pronunciado por el Br. Paino Pichardo, en representación de la Asociación Patriótica "Francisco del Rosario Sánchez".

Señoras:

Hay frases que han repercutido y repercuten aun tan hondamente en la conciencia de los pueblos, que más que la concepción de un cerebro o la proyección del pensamiento torturado por un realismo desconsolador, parecen ser ecos de la voz solemne y grave del Destino!

Y una de ellas, compendio de su vida llena de amarguras, fué pronunciada por el maestro de todos nosotros, Don Federico Henríquez y Carvajal, en ocasión tan memorable como dolorosa: "Tristes destinos los de esta América infeliz, que tan solo sabe de sus grandes hombres cuando son sus grandes muertos". (*)

Esa frase, señores, en lo que a nosotros respecta, debió servir desde hace tiempo de llamada reflexiva al patriotismo dominicano, en vez de entregarnos, incesantemente, a la triste tarea de oponer, a la grandeza de aquellos que fueron dignos de mejor suerte, la miseria de los que cayeron bajo el anatema inexorable de la Historia.

Mas, perdonados habrían sido nuestros errores, si hubiéramos recapacitado en nuestros propósitos mezquinos. Pero lejos de ello, lejos de sentirnos arrepentidos de nuestras culpas, lejos de hacer profesión de bien con el ánimo contrito, pretendimos establecer distinciones entre quienes fueron hermanos en el dolor de la esclavitud y en la esperanza de la Patria redimida, llegando a discutir los merecimientos de uno para engrandecer los merecimientos de otro, olvidando que nuestro deber era el de honrarlos a todos, y reconocer en sus tumbas silenciosas, —transición entre lo humano y lo divino—, el límite natural frente al cual se desvanecen todos los rencores y desaparecen todas las envidias!

Señores:

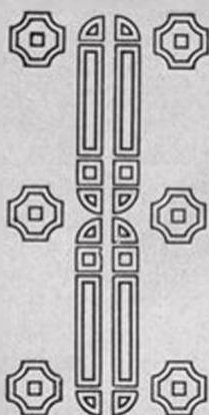
La asociación patriótica "Francisco del Rosario Sánchez", que no alienta propósitos mezquinos, que entiende que glorificando a Duarte se glorifica la memoria de todos sus compañeros, qué honrarlo a él es honrarlos a todos, y que empujando su figura gloriosa, es consagrar en el corazón de sus compatriotas el recuerdo de aquellos que cayeron en el fragor de la lucha o en el honor supremo de un patíbulo glorioso, me ha conferido la distinción de ofrendar el homenaje de su amor y de su respeto al varón esclarecido. Que así como no se puede honrar el hogar, si no se respetan los padres, tampoco se podrá amar a la República, —hogar común de todos—, si no rendimos culto reverente a sus fundadores!

Que sea ésta, señores, ocasión propicia para que no se hable de disensiones; que no se remueva el osario glorioso en donde duermen el sueño de la Inmortalidad, aquellos que en el ideal de la República jamás conocieron de apostasías; que seamos todos hermanos en el esfuerzo de ofrecer a la posteridad, engrandecido por el amor de sus conciudadanos, el recuerdo de los que nos legaron un lema sagrado y una bandera.

Y que con esta apoteosis, señores, se realice el milagroso despertar de la Patria Nueva!

NOTA:

(*) La frase del Maestro, ante el féretro de Eugenio M. de Hostos, su amigo y maestro, fue concebida y dicha con estas palabras: "¡Oh, América infeliz, que sólo sabes de tus grandes vivos cuando ya son tus grandes muertos!"—



Momento en que el Presidente de la República y el Presidente de la Junta Erectora desvelaban la estatua del Fundador y Padre de la Patria.



El Maestro termina su oración cívica, en medio de una cálida ovación de repetidos aplausos, con una invocación a Duarte y un apóstrofe al pueblo dominicano.

VIDA DEL ILUSTRE JUAN PABLO DUARTE,

FUNDADOR DE LA REPUBLICA DOMINICANA

Por el Licdo. LEONIDAS GARCIA.

Duarte vino al mundo en esta histórica ciudad de Santo Domingo el día 26 de Enero de 1813. Sus padres se llamaron Don Juan José Duarte y Rodríguez, de nacionalidad española, y Doña Manuela Díez y Jiménez, dominicana, natural de la villa de Santa Cruz del Seybo. La educación que recibió este gran patriota fué esmerada; y para completar la instrucción que pudo adquirir en nuestras rudimentales escuelas de la época hizo un viaje al extranjero, visitando los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y España. Permaneció algún tiempo en Barcelona y se dice que allí fué donde planeó el glorioso pensamiento de libertar a su patria; resolución que le había hecho nacer el violento insulto que profirió contra los dominicanos el capitán del buque español en que viajaba, al motejarlos de cobardes y abyectos por no sacudir el degradante yugo de los haitianos. Su heroica decisión la puso de manifiesto inmediatamente después de su regreso, cuando un respetable amigo de la familia, que concurrió a darle la bienvenida, le preguntaba "qué era lo que más le había llamado la atención y agrado en sus viajes"; a lo que contestó con énfasis: "Los fueros y libertades de Barcelona, fueros y libertades que espero demos nosotros un día a nuestra patria". Refiere su hermana y biógrafa Rosa, que esas palabras fueron acogidas con entusiasmo por la juventud que le rodeaba, y el mismo Dr. Don Manuel María Valverde, que fué quien le hizo tal pregunta, le dijo conmovido: "en tan magna empresa cuenta con mi cooperación".

Desde entonces comenzó a preparar el ambiente endonde debía esparcir los gérmenes de la Revolución. Uno de los medios que le sugirió su gran abnegación patriótica, y, a nuestro juicio, el mas eficaz para influir en el alma de las nuevas generaciones, fué el de brindarse a dar clases gratuitamente a todos los jóvenes que lo deseaban; noble rasgo que acabó de conquistarle la simpatía de la gene-

ralidad de sus compatriotas, entre los cuales era muy estimado por sus brillantes virtudes y la condición también honorable de su familia.

A los cuatro o más años de estar consagrado a esta benemérita labor, y considerando propicio ya el momento, se lanzó resueltamente en el campo de la conspiración contra el dominador de su país. En tal virtud asoció a sus planes ocho amigos de confianza y fundó con ellos, el 16 de Julio de 1838, una sociedad secreta que llamó LA TRINITARIA porque abrió sus trabajos, según reza el juramento, EN NOMBRE DE LA SANTISIMA, AUGUSTISIMA E INDIVISIBLE TRINIDAD DE DIOS OMNIPOTENTE, misterio inefable de la fe católica, y constaba además, como dice Serra, de "nueve miembros fundadores que debían formar una base triple de tres miembros cada una", los cuales "estaban obligados a hacer propaganda constantemente y a ganar prosélitos; así es que éstos, sin asistir a juntas, que son siempre imprudentes, sin conocer de la conjuración más que aquel que a ella lo inducía, no podían en caso de delación comprometer más que a uno de los nueve, quedando los otros ocho para continuar los trabajos". El lema que adoptó esta sociedad era asimismo UNO Y TRINO, y es el que luce hoy nuestro escudo nacional: "Dios, Patria y Libertad. República Dominicana"; y sus labores fueron puestas también debajo de la égida de la Cruz de Cristo, que entró a ser parte en el lábaro o pabellón de la República y en su escudo de armas. La devoción de Duarte por la sagrada insignia redentora, que sin duda alguna le supo inspirar en su tierna infancia su amantísima madre, natural de la villa dominicana que tiene como Patrona a aquella sagrada imagen, le puso igualmente de manifiesto al elegir la fecha en que inició los trabajos revolucionarios: escogió para ese instante supremo el 16 DE JULIO, POR SER EL DIA EN QUE

LA IGLESIA CATOLICA CELEBRA EL TRIUNFO DE LA SANTA CRUZ, al conmemorar la victoria obtenida por los Reyes Cristianos contra los infieles en la batalla de las Navas de Tolosa.

Los trabajos de esta sociedad fueron activos y fecundos, al extremo de conquistar en pocos años a casi toda la juventud y a muchos hombres provechosos de ideas liberales. Su primera manifestación bélica fué la de haber cooperado, para introducir la división entre los contrarios y adiestrar a los nuestros en el manejo de las armas, al movimiento revolucionario fraguado por el partido liberal haitiano contra el déspota Boyer. Pero tropezaba con la oposición del grupo conservador dominicano, compuesto por varios hombres importantes que no tenían fe en las fuerzas de nuestro pueblo (ni en las suyas tampoco) para llevar a cabo tan arriesgado empeño, y los cuales creían necesario asegurarse primero la protección de un Estado poderoso. Entre estos individuos se contaban varios que fueron buenos servidores del Gobierno de Haití y habían asumido graves responsabilidades en perjuicio de la causa nacional. Los últimos esfuerzos de Juan Pablo Duarte tendieron, pues, al noble propósito de unificar totalmente la opinión de los dominicanos, dando al olvido lo pasado. Empero su magnanimidad sólo sirvió para perderlo; pues denunciado a las autoridades haitianas, fué perseguido de muerte por el Jefe del Gobierno de Occidente, quien atravesó la frontera a la cabeza de un respetable ejército, con el cual se impuso por medio del terror, haciendo innumerables presos que mandó para los calabozos de Port-au-Prince. Duarte, que desde la aproximación a esta Capital del sátrapa haitiano se vió obligado a ocultarse, tuvo al fin para poder escapar a la tenaz y rabiosa persecución, y librar así a su familia de las infinitas angustias y peligros que la circundaban, que salir clandestinamente hacia el extranjero en compañía de dos de sus compañeros más adictos. Desde Caracas, adonde dirigió sus pasos con el fin de solicitar ayuda del Gobierno de Venezuela, logró ponerse en comunicación con los amigos de la patria esclava y combinar un desembarco por las costas del Este, región de San José de los Llanos, lugar endonde la causa nacional no tenía

opositores; cosa que se frustró también por no haber podido conseguir los recursos que el Presidente Don Carlos Soubllette le había prometido en una entrevista que celebró con él, y por haber enfermado repentinamente en Curazao cuando ya se preparaba a regresar al país, a inmolarse, con los escasísimos elementos que había logrado reunir a sus expensas. Repuesto de su serio quebranto cerebral al cabo de dos meses, la abnegación de nuestro insigne prócer llegó al colmo del desinterés, si no de la desesperación; pues con el fin de allegar los recursos que no había podido adquirir en el extranjero y que urgentemente le pedían los amigos de Santo Domingo, escribió a su familia aconsejándole **OFRENDAR EN ARAS DE LA PATRIA LO QUE A COSTA DEL AMOR Y TRABAJO DE NUESTRO PADRE HEMOS HEREDADO**; y agregaba: **INDEPENDIZADA LA PATRIA PUEDO HACERME CARGO DEL ALMACEN, Y A MAS HEREDERO DEL ILIMITADO CREDITO DE NUESTRO PADRE Y DE SUS CONOCIMIENTOS EN EL RAMO DE MARINA, NUESTROS NEGOCIOS MEJORARAN Y NO TENDREMOS POR QUE ARREPENTIRNOS DE HABERNOS MOSTRADO DIGNOS HIJOS DE LA PATRIA.** Como es lógico presumirlo, tuvo que ser muy grande la emulación que despertó en el partido nacional este sublime rasgo de desprendimiento. . . . Y como ya para entonces la Revolución había hecho una conquista de muchísima importancia práctica, cual fué la adhesión de Don Tomás Bobadilla, que se encontraba políticamente caído desde el derrocamiento del Presidente Boyer, y quien instruyó al partido de la Independencia, llamado también **DUARTISTA**, de los planes que la gente conservadora estaba fraguando en secreto con los agentes diplomáticos de Francia en Haití, se resolvió, quizá si por consejo del mismo Bobadilla, que perseguía su encumbramiento personal a expensas de los dos bandos, adelantarse a este **TERCER PARTIDO**, como se le nombra en una conocida carta dirigida al Caudillo nacionalista, y aprovechar, para un golpe decisivo, el cambio de las fuerzas haitianas de servicio en Santo Domingo por los dos regimientos formados con los hijos del país, cuerpos entre los cuales había muchos jóvenes comprometidos y

todos sin duda deseaban la Revolución. Estas tropas llegaron el 30 de Enero de 1844 y se señaló el día 27 de Febrero próximo para efectuar el pronunciamiento por la Independencia, el cual tuvo un éxito completo, pues los haitianos, al encontrarse reducidos a los cuarteles de la Fuerza únicamente, y merced a los buenos oficios del Cónsul francés Juchereau de Saint Denis, cuya presencia en esta ciudad se debía a diligencias de los conservadores, se decidieron a capitular entregando la ciudad de Santo Domingo a los conjurados.

Triunfante la Revolución su primer paso fué mandar una comisión a Curazao en busca de Juan Pablo Duarte. El recibimiento que le hizo el pueblo al Mentor y Guía de la Causa Nacional no pudo ser más soberbio, capaz de despertar la ambición de quien no hubiera estado adornado con sus altas virtudes cívicas. Ofreció incontinenti, como un simple ciudadano, sus servicios a la Junta Central Gubernativa, y ésta le dió voto en sus acuerdos. Aunque en obsequio de la verdad debemos decir que en el fondo de esta demostración oficial no podía haber mucha sinceridad, pues la corta expatriación de Duarte permitió al bando de los AFRANCESADOS, ya con Bobadilla a la cabeza, participar en la dirección de las cosas, y no sólo estaba en mayoría en el consejo gubernativo que de hecho se había dado la Revolución, sino que puso al frente del ejército a un valiente y prestigioso caudillo de provincia con el que de antemano se entendió para realizar sus proditorias combinaciones sobre protectorado francés. La gestión de Bobadilla fué trastornadora en todo. Profanó el lema UNO Y TRINO de la Revolución anteponiéndole la palabra SEPARACION, que lleva implícita la idea de una espontánea comunidad política entre las dos partes de la isla. El manifiesto del 16 de Enero de 1844, esto es, nuestra Acta de Independencia, obra intelectual y política de Don Tomás Bobadilla, está plagado de otras muchas violaciones del CREDO DUARTISTA. El rompimiento entre los dos partidos era, por consiguiente, inevitable. Sin embargo, una circunstancia fortuita vino a dilatarlo. Santana, el caudillo militar del cual hicieron su instrumento los conservadores, después de haber rechazado en Azua el primer ataque serio de los haitianos, retro-

cedió a Bani por causas hasta ahora ignoradas. Este hecho inexplicable sembró la desconfianza y el pánico más terribles entre los dominicanos, muchos de los cuales corrieron de los pueblos a guarecerse detrás de las murallas de la Capital y otros se embarcaron precipitadamente en ésta para las antillas vecinas. La Junta, ante la inminencia del peligro que corría la naciente República, y sabedora de la entereza y popularidad del Caudillo de la Revolución, llamó a Duarte y lo puso a la cabeza de un cuerpo de ejército para que fuera a cooperar con el desprestigiado general Santana a la defensa de la patria. Aquel genuino patriota no vaciló en aceptar el honroso encargo y se puso en marcha sin pérdida de tiempo para el campamento de Bani, de donde siguió hasta el punto avanzado de Sabana Buzy. Esta providencia que la Junta creyó salvadora, fué contraproducente. Santana, receloso por naturaleza y hombre de ideas cortas y temperamento irascible, se negó rotundamente a colaborar con Duarte en la ofensiva que le propuso tomar contra el enemigo, el cual estaba estacionado en Azua en espera de refuerzos para emprender de nuevo su marcha sobre la Capital. El contrariado patriota se dirigió entonces a la Junta Gubernativa en solicitud del permiso necesario para operar por sí solo. Pero la Junta, a quien preocupaban más sus espurios planes políticos que la suerte del país, resolvió no conceder el permiso solicitado y ordenar el inmediato regreso del general Duarte a la Capital. . . . La fortuna, sin embargo, salvó a la República. Los enemigos del dictador haitiano Charles Herard, que estaba al frente de las tropas invasoras, se levantaron en armas en Cabo Haitiano; y aquél, al ver seriamente amenazada su permanencia en el Poder, abandonó aceleradamente el territorio ocupado reduciendo a cenizas todos los pueblos del tránsito.

Con el restablecimiento de la paz el partido conservador se entregó de lleno a la consecución de su proyecto sobre protectorado francés, ya adoptado oficialmente por la resolución del 8 de Marzo, que firmó también Sánchez. El apóstol Duarte, y los que de él recibían las geniales sugerencias de su máximo patriotismo, al ver en peligro de fracasar la obra a que habían consagrado los más fuer-

tes impulsos de su ardiente juventud, acordaron oponerse por todos los medios posibles al triunfo de semejantes ideas antinacionales. Para el efecto promovieron una protesta que fué apoyada con vigor por las tropas que guarnecían la Capital, lo que obligó a los miembros desleales de la Junta Gubernativa a huir y refugiarse en el propio Consulado francés. . . . Con este motivo se nombra en su reemplazo a individuos del partido liberal. Duarte fué enviado en comisión de paz y organización al Cibao, y al general Santana, que había pedido licencia para ir a descansar en su casa, se le ordena la entrega de las tropas que mandaba, al general Esteban Roca. Pero lejos de hacerlo así, este insipiente militar, mal aconsejado por sus mentores, provocó entre las tropas una airada protesta contra esa disposición e hizo levantar acta que firmaron todos los jefes y oficiales autorizándole a permanecer al frente del Ejército, con el que marchó inmediatamente hacia la Capital. En vista de este alarmante suceso la Junta hizo inauditos esfuerzos para disuadirle de sus siniestros designios; pero como todo fué inútil, tuvo en mientes negarle la entrada y oponer la fuerza a la fuerza. Mas hizo abortar este propósito el hecho de haberle negado a última hora su apoyo el Comandante de las Armas, General José Joaquín Puello, viéndose la Junta en el trance de tener que franquearle la entrada a la Capital. Santana, tan pronto como estuvo en posesión de esta ciudad, declaró disuelta la Junta Gubernativa y se proclamó DICTADOR en virtud de los poderes que dizque le concedieron el pueblo y el ejército para salvar al país de la anarquía; poderes que so pretexto de que el General Mella, dejándose arrebatarse de su entusiasmo, había proclamado en el Cibao Presidente provisional de la República a Juan Pablo Duarte, empleó en perseguir a los primeros autores de la Independencia Nacional, a los que declaró TRAIADORES A LA PATRIA y los condenó a DESTIERRO PERPETUO. Duarte, a pesar de la injusta persecución de que fué víctima, no quiso alcanzar la triste gloria de ser el instaurador de la guerra civil en su país; y hasta prefirió renunciar a la esperanza de volver a él, que le debía su libertad, internándose en el corazón de Venezuela, sin comunicación ni aún con los miembros de

su propia familia, que también fué criminalmente expatriada, y la cual llegó a tenerle por muerto durante más de tres lustros. Doce años estuvo errante en el interior de Venezuela recorriendo la parte oriental y la occidental de ese país, hasta que al fin se avercendió en el Apure. Allí escribió las relaciones de sus viajes, exornadas de oportunas observaciones sobre las costumbres de los pueblos que visitó, trabajo que por desgracia se ha perdido.

Empero, el partido de los conservadores no supo o no quiso organizar la Patria de que había venido a ser detentador, y ni aún se sintió con vocación para seguir sosteniéndola contra las repetidas agresiones de los haitianos. Habiendo fracasado en sus gestiones con Francia, pensó en la Madre Patria. A fuerza de intrigas y engaños logró que los políticos peninsulares oyesen sus artificiosas demostraciones de acendrado españolismo y se prestaran a entrar en las francas negociaciones que condujeron sin grandes tropiezos a la total anexión de la República Dominicana a España, asombroso hecho que se consumó el día 18 de Marzo de 1861. El pueblo dominicano, que había sido traicionado por sus gobernantes, no pudo resignarse a volver a ser esclavo, y después de algunas infructuosas tentativas, inició el 16 de Agosto de 1863 la gloriosa guerra que de ermiró, al cabo de dos años, el abandono de nuestro territorio por las tropas españolas. Duarte, quien tuvo conocimiento de la venta de la Patria en Abril de 1862 por una carta que recibió de su familia, de la que no tenía noticias desde el año 1845, y a la que suponía viviendo ya de nuevo en su país, se trasladó inmediatamente a Caracas, donde su hermano Vicente Celestino le informó de todo lo ocurrido hasta entonces. Allí hubo quien le propusiese que se presentara al Cónsul Español a ofrecer sus servicios a la Reina de España; pero él rechazó ese innoble consejo, pues, según su propia confesión, ESTABA DISPUESTO A COADYUVAR CON TODOS SUS ESFUERZOS A LA REDENCION DE LA PATRIA. También le ofreció su ilustrado amigo el Dr. Elias Acosta, ministro de lo Interior del gobierno de Venezuela, un destino en la Administración pública de dicha nación, el cual no aceptó porque para poder ejercerlo tenía que

reconocer por patria el país a que servía. A este respecto dice él mismo: "El ilustrado Dr. Elías Acosta, liberal por principios, participaba de mis ideas y sentimientos respecto de la independencia de mi patria, por lo que me ofreció protegerme en todo lo que estuviera a su alcance. Al renunciar él el ministerio, perdí la esperanza de por ese medio ser útil a mi patria". No obstante este contratiempo Duarte perseveró en sus loables diligencias, como lo revela el siguiente apunte de su diario: "Recibo una visita del Sr. Dr Blas Bruzual y me ofrece presentarme al Gran Mariscal J. C. Falcón. Correspondo la visita al Sr. Bruzual, el que me presenta al Gran Mariscal y concibo las más alhagüeñas esperanzas en favor de la causa de mi patria: no obstante permanezco en la expectativa devorado de impaciencia porque las circunstancias no permiten más" —"Recibe el Gl. Duarte una carta del Sr. Blas Bruzual en que le anuncia que el Gran Mariscal Falcón le esperaba a las once de la mañana y que había dispuesto entregarle mil pesos. En consecuencia pasó el Gl. Duarte a casa del ciudadano Presidente Falcón, el que le presentó al Vice-Presidente Gl. Antonio Guzmán Blanco, al que le ordenó entregar al Gl. Duarte los mil pesos ofrecidos. El ciudadano Vice-Presidente citó al Gl. Duarte para el día siguiente en la casa de Gobierno. El 17 se presentó el Gl. Duarte en la Secretaría de Relaciones Exteriores en donde fué recibido por el Gl. Vice-Presidente con la mas alta consideración, quedando convenido en que le entregaría la suma consabida al coronel Manuel Rodríguez Objío, comisionado para recibirla por el Gl. Duarte ofreciéndole el Vice-Presidente otros auxilios".

Cuando esto último se efectuaba ya la gran Revolución restauradora había estallado en los heroicos campos de la Línea N. O. e invadido, como una fuerte riada, todo el territorio nacional. La oportuna ayuda del ilustre Gran Mariscal Falcón, y algunos recursos de su peculio personal, le sirvieron al general Duarte para organizar una pequeña expedición compuesta del Comandante Candelario Oquendo, venezolano, de su respetable tío Don Mariano Diez, de su hermano Vicente Celestino, uno de los primeros próceres de la Independencia Nacional, todavía olvida-

do, y del poeta Manuel Rodríguez Objío, al que nombró Duarte, Coronel, y quien en sus Relaciones sobre la Restauración, al referirse a este suceso, escribe lo siguiente: "Al saltar a tierra en Monte Cristi los nuevos cruzados fuimos saludados con gran aplauso; y después de nuestro arribo la revolución se sintió como alentada: era el primer refuerzo material y moral que recibía del extranjero....." La travesía no estuvo exenta de peligros, pues según dice este mismo patriota, el buque que los conducía fué perseguido en la costa norte de Santo Domingo por el vapor español AFRICA durante seis horas, por lo que hubo de hacerse rumbo a las Islas Turcas, de donde salieron después en otro buque para el Guarico y de allí, por las aguas territoriales de Haití, hacia Monte Cristi. La carta por medio de la cual anunció Duarte su llegada al país, es digna de la atención de la Historia. Héla aquí: "Guayubín Marzo 28 de 1861—Señores Individuos del Gobierno Provisorio en Santiago—Arrojado de mi suelo natal por ese bando parricida que empezando por proscribir a perpetuidad a los fundadores de la República ha concluido con vender al extranjero la patria cuya independencia jurara defender a todo trance, he arrosado durante veinte años la vida nómade del proscrito, sin que la Providencia tuviese a bien realizar la esperanza que siempre se albergó en mi alma de volver un día al seno de mis conciudadanos a consagrar a la defensa de sus derechos políticos cuanto aún me restase de fuerza y vida. Pero sonó la hora de la gran traición en que el Iscariote creyó consumada su obra, y sonó también para mí la hora de la vuelta a la Patria. El Señor allanó mis caminos, y a pesar de cuantas dificultades y riesgos se presentaron a mi marcha, héme al fin con cuatro compañeros más en este heroico pueblo de Guayubín dispuesto a correr con vosotros del modo que lo tengáis a bien, todos los azares y vicisitudes que Dios tenga aún reservados a la grande obra de la Restauración Dominicana, que con tanto denuedo como honra y gloria habéis emprendido —Creyendo no sin fundamento que el Gobierno Provisorio no dejará de apreciar luego que me comunique con él personalmente lo que he podido hacer en obsequio del triunfo de nuestra justa causa, dignese aceptar



los sentimientos de alta consideración y aprecio con que se pone a sus órdenes, el General Juan Pablo Duarte".

Como era de suponer, el Gobierno se apresuró a llamarle, por órgano del ministro Espaillet, quien le escribió una carta noble y generosa; y le recibió con toda cortesía y distinción; pero, influido talvez por las calumnias con que se propusieron desvirtuar el ruidoso hecho la prensa local y la de la Habana, atribuyéndole móviles indignos de un patriota tan íntegro como Duarte, solamente utilizó sus servicios en el desempeño de una misión diplomática en Venezuela, lo que hirió profundamente su orgullo patriótico. Misión que al principio rechazó adolorido, pero que después de pensarlo creyó prudente aceptar, manifestando "que si había vuelto a su patria después de tantos años de ausencia, había sido a servirla con alma, vida y corazón,

siendo cual siempre fué motivo de amor entre todos los verdaderos dominicanos, y jamás piedra de escándalo, ni manzana de la discordia". Como el término de su encargo, en cuyo cumplimiento desplegó todo el celo y patriotismo que le eran peculiares, coincidió con el abandono que hicieron los españoles de este país, él optó por quedarse en Caracas ajeno de las luchas intestinas que volvieron a desunir a los dominicanos. En esa hospitalaria ciudad permaneció hasta su muerte, ocurrida al amanecer del 16 de Julio de 1876, trigésimo octavo aniversario de la fundación de la sociedad patriótica LA TRINITARIA, inventada por él en su primera juventud para luchar por nuestra Independencia y Libertad, altísimos ideales a los cuales consagró por entero todos los pensamientos y acciones de su vida inmaculada.

Lic. Leonidas García.

Historia de la Plaza Duarte

Por el Dr. ALCIDES GARCIA.

A causa de haberse erigido ya el monumento a la memoria de **JUAN PABLO DUARTE**, en la plaza de su nombre de esta ciudad, creemos oportuno publicar algunas noticias históricas relativas a tan importante sitio.

Una tradición errónea sostuvo por mucho tiempo la especie de que la reina poetisa Anacaona, la de los arceitos cuya música era como "un perfume del jardín de oro", había sido ajusticiada en esta plaza. De las versiones que anotan con respecto a tal ejecución Las Casas y Fernández de Oviedo ni siquiera se deduce lo de la traída a nuestra ciudad de tan infortunada soberana; en cambio: Diego Méndez, el cantero inmortal del Paso del Viento, al hacer el relato de su épico viaje, dice algo que nos inclina a creer que el abominable ahorcamiento de la viuda de Caonabo se realizó en términos del cacicazgo de Jaragua.

Los frailes de la Orden de Predicadores sí fijaron sus piadosos reales en esta plaza. Aquí brillaron los hogares o fuegos que encendió para aquellos sabidos y virtuosos misioneros, cuando llegaron a las tinieblas de nuestra Antilla, el fervoroso Pedro de Lumbreras; aquí vibró como un rayo la palabra luminosa y severa de Fray Antón Montesino —"aspérrimo en reprender vicios", que dijo Fray Bartolomé de las Casas—, al condenar la iniquidad de gobernantes complacientes y de encomendados codiciosos; por aquí desfilaron los venerables ancianos Fray Juan de Zaravia, y Fray Juan Illanes, su lego, con la cuerda de la muerte al cuello, debajo de la custodia de los implacables piratas de Drake, camino del árbol patibulario que se alzaba en la calle contigua, llamada por eso hasta 1884 Calle de los Mártires, año en que se le trocó el nombre por el que hoy lleva también la Plaza; con ella, por fin, estuvo aledaño el foco esplendoroso a que debió principalmente la antigua Ciudad Primada de América, su envidiable calificativo de Atenas del Nuevo Mundo; ¡la Regia y Pontificia Universidad de

Santo Tomás de Aquino; en el convento imperial de predicadores de la ciudad de Santo Domingo en la Isla Española!

Esta bien situada plaza intramuros guarda también un magnífico recuerdo de la Revolución de la Independencia, y tal circunstancia explica sobre todo que el hermoso monumento al Padre de la Patria se eleve entre sus arriates: en tan atractivo escenario, **DUARTE**, a la cabeza del pueblo, le ganó a la gente del Poder el 15 de junio de 1843 reñida batalla eleccionaria, significativo triunfo que le hizo exclamar al intsigente Delegado del Gobierno de Puerto Príncipe, Mr. Augusto Brouat: "La Separación de la Parte Española es un hecho". Tan resonante victoria y el lugar en que se la alcanzó le permitieron decir a Don José Gabriel Garcia, al rememorar la solemne traslación de los restos de **DUARTE** a su suelo nativo: "...apoteosis espléndida que no podrá considerarse completa mientras no quede sellada con la erección del monumento que ha de perpetuar la memoria del héroe, en el centro de la plaza que lleva su nombre y que sirvió de teatro al primer triunfo que el elemento dominicano, por él acaudillado, obtuvo contra el elemento haitiano en las elecciones de 1843: triunfo que llamáramos del derecho contra el hecho, precursor del alcanzado después en la noche memorable del 27 de Febrero de 1844".

En el piso inferior de la casa que forma la esquina N.O. de esta plaza fundó D. Eugenio María de Hostos en el año 1880 la Escuela Normal Superior de Santo Domingo, Escuela de Profesores que trasladó después enfrente, esto es, al edificio de la antigua Capilla de la Tercera Orden de Santo Domingo, local el último endonde la reorganizó además cuando pudo volver a la República a raíz de la muerte del Presidente Heureaux. El hombre que reforma la enseñanza en nuestra Patria, el insigne pensador borinqueño, el antillano perillustre también hubo de establecerse

junto a esta plaza, y se complacía admirándola: propleo o ágora primero, Jardín de Academio después y siempre amable centro de atracción de las instituciones y hombres que han doctrinado y ennoblecido al pueblo dominicano.

Por tres nombres la designaron nuestros antepasados: Plaza de Anacaona, Plaza de Santo Domingo y Plaza del Ex-Convento Dominicó, leemos en distintos impresos. Por resolución del Ayuntamiento, de 20 de noviembre de 1891, se llama desde esta fecha **PLAZA DUARTE**. Dice el Acta de la sesión del día mencionado: "El R. Valverde dió lectura a un proyecto por el cual se le daba el nombre de Duarte a la plaza del ex-convento dominico". La proposición, como era natural, se vió coronada por el buen éxito, y su autor fué nada menos que el Gral. D. Pedro Valverde y Lara, excelente compañero de **DUARTE** en la Epopeya de la Independencia. El Gral. Valverde y Lara fué en la prosecución de aquellos heroicos acontecimientos: parte activa en la labor de propaganda, prohombre en la Puerta del Conde y después resuelto paladín de la Guerra de los Doce Años. ¡Don Pedro Valverde, que era como le nombraba el cariño de sus compatriotas, tuvo la gloria de ser uno de los pocos dominicanos que mandaron en jefe nuestras tropas en los combates que empeñaron con las occidentales hordas invasoras: hizo buenos sus galones de Coronel —teniendo debajo de sus órdenes a oficiales como Matías de Vargas y Antonino de Aza— y obtuvo un triunfo completo en el campo memorable de El Can, jurisdicción de Barahona, el 6 de Enero de 1856!

Cuando fué bautizada con el nombre de **DUARTE**, ya habían tenido comienzo los trabajos de albañilería en nuestra Plaza. Los párrafos que siguen, copiados de las Actas de las Sesiones del Concejo de la ciudad en aquellos días, dan fe de lo que afirmamos:

"Oficio del Inspector de Obras Municipales, dando cuenta de que han empezado los trabajos preliminares que servirán de base al arreglo de las calles, y anunciando que en breve empezarán los de nivelación etc. de la plaza del ex-Convento Dominicó según se lo ha ordenado". (Del Acta de la sesión del 21 de Agosto de 1891).

"Asimismo anunció el Inspector de Obras Municipales, que había contratado por la suma de veinte pesos un trabajo que juzgó necesario hacer en la plaza del ex-Convento Dominicó además de los ya terminados y que solicitaba la aprobación del Ayuntamiento. Fué aprobado". (Del Acta de la sesión del 11 de Setiembre de 1891).

Una vez construido el nuevo pasco, los habitantes de la ciudad se interesaron en su sostenimiento y esplendor: y el ciudadano conspicuo y progresista contribuyó a hermosarlo; y la niñez bulliciosa correteó por sus platabandas; y la prensa entusiasmada celebró sus comodidades y bellezas. Llamaremos en nuestro auxilio otros testimonios que nos sigan confirmando:

"Carta del Señor General Ignacio Ma. González, poniendo a la disposición del Ayuntamiento una docena de arbořitos que ha hecho venir de la Habana, para contribuir al embellecimiento de la antigua Plaza del Ex-Convento Dominicó, hoy Plaza Duarte. Se resolvió darle las gracias al Señor González por su obsequio". (Del Acta de la sesión del Ayuntamiento de 10. de Diciembre de 1891).

"Comunicación del Ciudadano Ministro de Hacienda y Comercio, acusando recibo de la de esta Corporación de fecha 13 de los corrientes y participando haber exonerado de los derechos de Aduana los bancos (venidos de Inglaterra) destinados a la Plaza Duarte. El Presidente dió cuenta de que estaban ya colocados estos bancos, cuya armadura había costado \$20 y se mandaron pagar. Se autorizó al Inspector para hacerlos fijar, haciendo el gasto correspondiente". (Acta de la sesión del 19 de Enero de 1892).

"**PLAZA DUARTE**.— Por fin el Ayuntamiento de esta Ciudad se ha decidido a dar esta denominación a la plaza del ex-convento dominico, desearo de significar así en nombre de sus comitentes, la gratitud de que es merecedor el ilustre caudillo por los esfuerzos que hizo para fundar la patria dominicana; y teniendo en cuenta además que la calle que lleva su nombre termina precisamente en dicha plaza, la cual será alumbrada por primera vez el día 24 próximo, en memoria de la promulgación de la primera constitución que en uso de su soberanía se dió el pueblo quis-

queyano". (El Teléfono, noviembre 22 de 1891, No. 447).

"PLAZA DUARTE.— Este nuevo parque, viene a llenar una necesidad, puesto que él con mayores comodidades y sin los inconvenientes que presenta la Plaza Colón a los niños que van allí a recrearse, por estar próximo a ésta el tránsito del tranvía y la estación de los coches, se embellece cada día más, debido a la perseverante solicitud con que el digno Síndico del H. Ayuntamiento don Pedro Valverde y Lara, secundado por las familias de aquel vecindario, cuidan de él y lo hermosean sembrándole flores y lechos caprichosos de menudas hierbas.—Este sencillo y hermoso parque, rodeado por el Colegio de Señoritas El Dominicano, la Escuela Normal y la Escuela Preparatoria; y próximo al Colegio de San Luis Gonzága y a la Escuela de la Loggia Fe, ofrece, como hemos dicho, simpático recreo a los niños de ambos sexos. Por el esmero con que es atendido merecen del público un aplauso las personas de quienes hemos hecho mención. Bien por ellas". (Eco de la Opinión, diciembre 26 de 1891, No. 655).

En los años 1893 y 1894 una lamentable circunstancia entristeció bastante el animado cuadro que acabamos de pintar: se tuvo entonces el intento de erigir en la **PLAZA DUARTE** la estatua al eminente filántropo Canónigo Don Francisco X. Billini, monumento éste que hoy luce en la vieja plazuela de San Juan de Dios. El Municipio sostuvo enérgicamente la dedicación que había hecho de nuestra plaza y no fué molestado más. Citemos algunas frases de la comunicación que, a título de Presidente de la Corporación Municipal, escribió nuestro inolvidable conciudadano Don Andrés Freites al Presidente del Honorable Congreso Nacional, el 10 de marzo de 1894. Hélas aquí: "Bien miradas las cosas no había una sola razón para que se colocase la estatua del Padre Billini en la plaza Duarte, y había muchas para que en ella se erijiese la del decano de los fundadores de la República. Rechazar a Duarte de esa pla-

za era hasta inferirle una grave ofensa. Llevaba su nombre; había sido el teatro de su primer triunfo contra el partido que sostenía la opresión de la Patria, y allí bajo su dirección, habían luchado y vencido Pina, Sánchez, Pérez y otros grandes patriotas que tienen un altar en el corazón de todo buen dominicano. No tenía en este sitio iguales recuerdos favorables el Presbítero Billini; los tenía en otros puntos que recordaban las obras que llevó a cabo en bien de los menesterosos, de los ignorantes, de los dementes. En esos lugares era donde debía levantarse su estatua. Allí había sido su labor; que allí fuera su exaltación. Entre el benefactor de una clase social y el redentor de todas las clases sociales, no era dudosa la elección para ningún corazón verdaderamente patriota: el redentor triunfó".

Sí, triunfó; y no podía ser de otro modo: el Ayuntamiento de la muy noble y muy leal ciudad de Santo Domingo de la Española resolvió el 11 de Agosto de 1893 "tomar la iniciativa para erigir en el centro de la **PLAZA DUARTE**, con el concurso de los poderes públicos, de los Ayuntamientos de la República, y de todos los dominicanos en cuyos pechos arda el sentimiento de la gratitud, una estatua de bronce conmemorativa del ilustre Caudillo de la Separación", y ese atinado designio del Concejo Metropolitano, el cual designio establecía implícitamente y con cabal justicia que el primer meritorio compatriota a quien se glorificara con una estatua debía ser **DUARTE**, fué apoyado, y sostenido como suyo, y hecho triunfar moralmente a fines del siglo último, por un grupo de hombres honrados y juiciosos, apreciables concededores de la historia nacional, sin substitutos en esta aflictiva actualidad dominicana. De tan autorizados personajes y en la ocasión de que tratamos dijo el inmortal Rafael A. Deligne: "Que era el grupo más capaz de librar a conciencia y saber un juicio sobre la materia".

DR. ALCIDES GARCIA.

APOTEOSIS

(PAGINA DEL LISTIN DIARIO)

Constituyó un Imponente Homenaje de Devoción Patriótica el que se Tributó al Fundador de la República.

Ayer tarde, 16 de Julio, día del Carmen y Exaltación de la Santa Cruz, fecha escogida por Juan Pablo Duarte, el Fundador de la República, para la creación de la histórica sociedad La Trinitaria, génesis de nuestra epopeya libertadora, tuvo efecto el acto solemne del develamiento de la estatua del ilustre patricio, en la vieja plaza de su nombre, convertida, gracias a la devoción agradecida de la ciudadanía consciente y sensata, en firme pedestal de su gloria inmarcesible.

El pueblo se congregó en torno del monumento simbólico para presenciar este homenaje póstumo al Apóstol, al genio creador de la República, ya que fué su generoso y abnegado idealismo el que trazó el surco cálido en donde fructificó, luego, el árbol glorioso de nuestra libertad.

Una honda significación tuvo este acto consagratorio. El patriotismo vibró, entusiasmado, al conjuro del verbo combusto de los oradores que entonaron la loa del prócer egregio, del mártir insigne de nuestra independencia, ya que a él le cupo, al mismo tiempo que la alta misión de todos los conductores de pueblos, la triste suerte de todos los que inmolan su vida en aras del ideal. Y fué la suya un hermosísimo poema, de estrofas inmortales, que aún repercuten en todos los labios estremecidos y en todos los corazones alborozados.

La bronceada estatua, erguida sobre su pedestal, en la actitud evangelizadora del profeta, cuyas pupilas se clavan en el cielo lejano, mientras su diestra se apoya sobre el corazón, trémulo y palpitante, y la siniestra empuña el acta inolvidable de La Trinitaria, pareció animarse por un momento, cobrar vida, salir de su impasibilidad plástica, para contemplar al pueblo, por el que ofrendó su vida

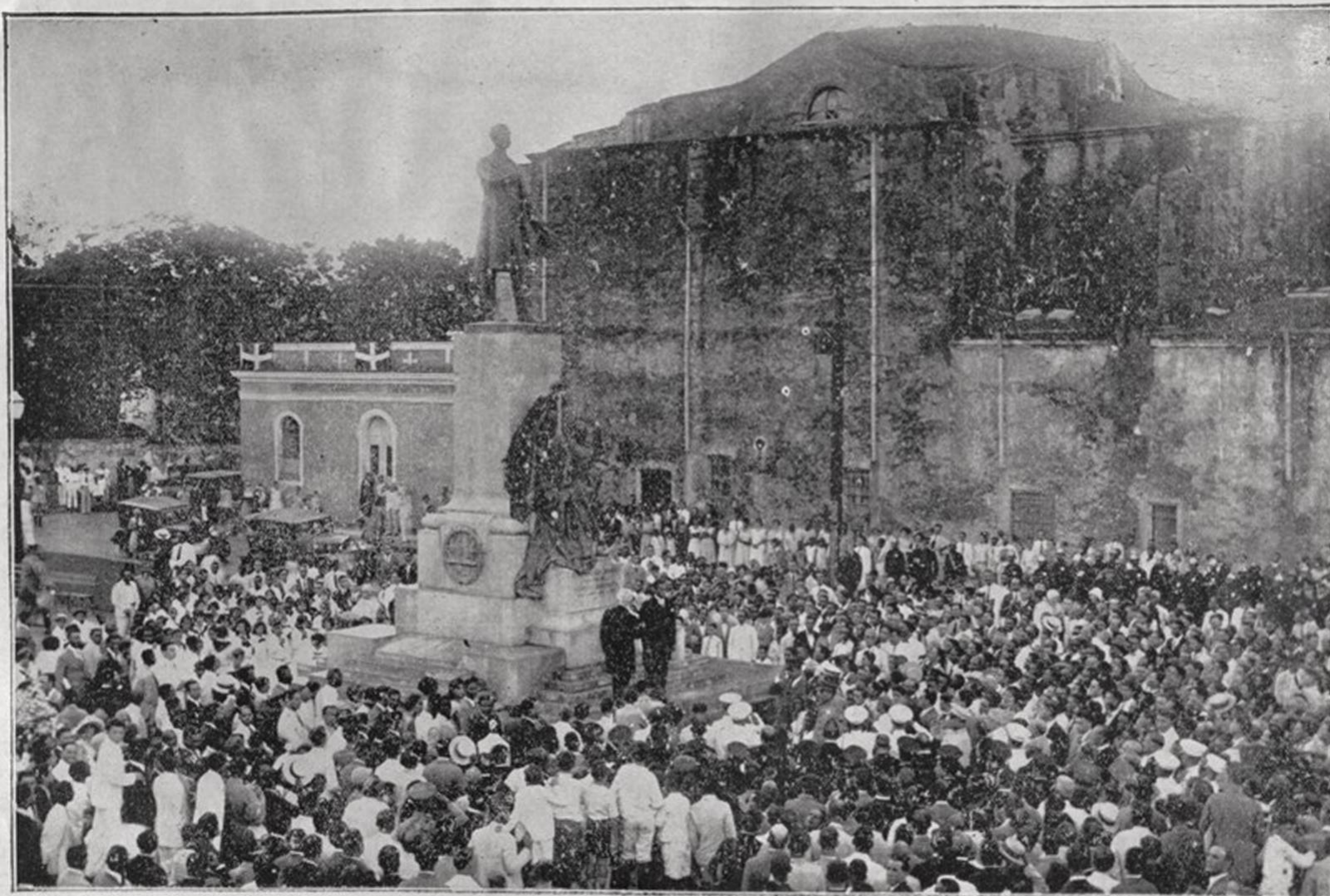
en ardiente holocausto, tributarle la apoteosis que mereció siempre y que la justicia reparadora del tiempo no podía regatearle ya más.

Y fué un espectáculo hermoso, conmovedor, edificante, ver desfilar a los escolares, depositando sus flores a los pies de la estatua, como si en esa blanca teoría de almas puras, de mentes juveniles y de corazones soñadores, de espíritus exentos de las sombras del egoísmo, de la envidia y de la maldad, se encarnase la Patria nueva, que soñó Duarte, libre de cadenas, grande, próspera y feliz, en la cumbre radiosa de su martirologio trágico, porque no hay mayor tragedia, sin duda, que ir a morir, rota el alma, desfalleciente la materia, en las apartadas selvas de un país extraño, lejos de la Patria que se amó tanto; del cielo que sirvió de pájaro azul a nuestros anhelos redentores; del sol, que iluminó nuestras ansias libertarias; de la brisa que oreó nuestra frente enardecida por las ideas que la volcanizaban; de la tierra, en fin, que ha de recojer nuestros despojos miserables.

Tal fué el acto solemnísimos de ayer, que pasamos a reseñar, no sin entonar también nosotros, desde el fondo de nuestras almas, el himno de nuestras alabanzas en honor del varón inmortal que hizo posible, a fuerza de abnegaciones estupendas y de sacrificios extraordinarios, la Patria en que hoy vivimos bajo la égida luminosa de su recuerdo sagrado.

Aspecto de la Ciudad.

La ciudad enarboló sus banderas desde las primeras horas de la mañana, apareciendo colgadas de los colores nacionales en muchos balcones y fachadas. Tanto en el centro urbano como en los barrios no había



Momento en que —descubierta la estatua de Duarte - las bandas de música ejecutaban el Himno Nacional y la Fortaleza hacia la salva en honor del héroe. Al pie de la alegoría del juramento de los trinitarios, en actitud reverente, aparecen el Maestro y el Presidente de la República.

una calle en la que no luciera sus colores la enseña patria. Las legaciones y los consulados, así como las casas extranjeras, enastaron sus respectivos pabellones rindiéndole a nuestro día consagrado al Padre de la Patria el homenaje de las naciones amigas. Alrededor del Parque Duarte las colgaduras y banderas eran más numerosas, alegrando el sitio donde iba a congregarse la multitud ante el monumento.

Asistencia del Ejército, el Cuerpo de Bomberos y la Policía Municipal.

A las 4.30 salió de la Fortaleza Ozama un batallón vestido de gala con el pabellón y la Banda Militar a la cabeza. Estaba compuesto de las compañías No. 1 y 2 comandadas por el Mayor Fernando A. Sánchez, con el Teniente Ayudante Félix, los Capitanes Navarro y González, los Tenientes Primeros Díaz y Tejeda, el Teniente Segundo Alvarez y el Cadete Gutiérrez. Desfilando por las calles de la ciudad fué a destacarse en el frente Oeste del Parque Duarte para rendirle los honores militares al Primer Magistrado de la Nación y presentar el saludo de las Armas de la República ante la estatua del Fundador en el momento de aparecer descubierta.

Una brigada del Cuerpo de Bomberos, vistiendo su uniforme de rojo y azul con casco de bronce, se destacó frente a la Iglesia del antiguo Convento, aguardando allí el instante de tocar sus tambores y cornetas como un saludo de la benemérita institución al bronce del Prócer. La Oficialidad del Cuerpo asistió igualmente en pleno, elegantemente uniformada, estando a la cabeza de ella su Primer Jefe el Coronel Fco. A. Desangles.

La Policía Municipal estuvo representada por la asistencia de su Jefe el Primer Comisario, General W. Figuereo, acompañado de varios oficiales de la Policía y agentes que se encargaron de guardar la compostura en la multitud que se apiñaba invadiendo el Parque Duarte y sus alrededores.

La Ofrenda Floral de las Escuelas.

Desde las cuatro de la tarde empezaron a llegar las escuelas de la ciudad, las que fueron penetrando en el parque para deposi-

tar flores, ramos y ramilletes sobre el pedestal del monumento al precario Fundador de la República.

Anotamos los nombres de los siguientes planteles: "Argentina", Directora Sra. Enriqueta Maggiolo de Cruzado; "Chile", Directora Sra. Otilia Peláez de Marchena; "Hostos", Directora Sra. Anaima Rincón de Nadal; "Padre Billini", Director Fco. Febrillet C.; "Luisa Ozema P. de Henríquez", Directora Srta. Rosa Blanco Weber; "Gerardo Jansen", Directora Srta. Ana Rosa Hernández; "Leopoldo Navarro", Directora Sra. Nelly Dominici de Carias; "María Nicolasa Billini", Directora Srta. Patria Mella; Colegio "Santa Teresa", Directora Sra. Conchita Blanco de Villardell; "Antera Mota", Directora Srta. Clementina Henríquez; Escuela Industrial de Señoritas, Directora Sra. Elisa Sanz; "Juan Pablo Duarte", Directora Srta. Aurora Quirico; Kindergarten "Leonor de Ovando", Directora Srta. Mercedes Amiama; Colegio "Santo Tomás", Director Ldo. Parmenio Troncoso de la Concha; Instituto "Salomé Ureña", Directora Srta. Eva Pellerano; Academia "Santa Ana", Director Luis E. Pérez Garcés; Escuela "Aristides García Mella", Directora Srta. Mineta Roques; Escuela "Moderna", Directora Sra. G. Rocour de Pellerano; Escuela "Peña y Reynoso", Directora Sra. Rita Mas de Sosa; Escuela "Socorro Sánchez", Directora Srta. Altigracia Camarena; Escuela "Uruguay", Directora Srta. Elena Pacheco.

La llegada del Presidente de la República, de los Altos Funcionarios y de las Personalidades.

El Hon. Presidente de la República Ldo. Rafael Estrella Ureña, asistió al acto escoltado por el Coronel Gustavo Estrella, Jefe de su Cuerpo de Ayudantes con seis oficiales de dicho Cuerpo, y en compañía de los Secretarios de Estado señores César Tolentino, de la Presidencia; Ldo. Elías Brache hijo, de Relaciones Exteriores, Gral. Antonio Jorge, de Guerra y Marina, Dr. W. Medrano, de Sanidad y Beneficencia y Teódulo Pina Chevalier de Trabajo y Comunicaciones. Incorporados en la comitiva del Sr. Presidente estaban el Ldo. Alberto Arredondo Miura, Juez de la Suprema Corte de Justicia, el Sr. Eugenio A.

Alvarez, y el Lcdo. Ramón O. Lovatón, Procurador General de la República, quienes representaron en el acto al Poder Judicial y ofrecieron en nombre de este una hermosa corona. También llegó en la Comitiva del Presidente el Sr. Vicente Tolentino, Director del Presupuesto.

A la llegada del Primer Magistrado el batallón le presentó las armas rindiéndole los honores militares con los acordes del Himno Nacional.

Junto a la tribuna, colocada frente a la Estatua, se congregaron las personalidades que tomaban parte en el programa y las que concurrían con carácter representativo. Entre las tantas personas destacadas que se encontraban presentes anotamos a Su Señoría Ilustrísima Monseñor Adolfo A. Nouel, Arzobispo de Santo Domingo, acompañado del Canónigo Presbítero Eliseo Pérez Sánchez, el orador del discurso inaugural Dr. Federico Henríquez y Carvajal, el Dr. Fco. A. Lizardo, Presidente del Ayuntamiento, encargado de recibir el Monumento al entregarlo la Junta Erectora, el Sr. Arturo Pellerano Sardá, Director del *Listín Diario* y miembro de la referida Junta, el Sr. J. Morales Monclús, Vice-Presidente del Ayuntamiento, los regidores J. M. Travieso, J. B. Fajardo, J. M. Cisneros, Lcdo. Pedro P. Peguero, Lcdo. R. O. García Henríquez, el Tesorero Municipal Sr. Amable Damirón, el Secretario Lcdo. Fernando R. Hernández y el Síndico General Augusto Chotin; los miembros del Departamento de Instrucción Pública Sr. Ramón Emilio Jiménez, Superintendente General, Sr. Osvaldo Baez Soler, Inspector General del Departamento, y los Inspectores del distrito señores Suncar, Montalvo y Concha, así como también el organizador del desfile de las escuelas Profesor Federico Ramírez Guerra, Director de Educación Física.

Las instituciones, sociedades y organizaciones estuvieron todas representadas por comisiones de sus miembros y por la asistencia en pleno. Entre estas recordamos al Cuerpo de Catedráticos de la Universidad Nacional representado por el Dr. Horacio V. Vicioso acompañado de otros profesores y de los miembros de la Asociación de Estudiantes, al cuerpo de profesores de la Esc. Normal Superior

acompañados por los miembros de la Asociación de Normalistas; las damas de la Directiva del Club Nosotras; una comisión de la sociedad literaria "Atenea", otras de los jóvenes intelectuales del "Paladión" y del grupo de Postumistas, representaciones de los centros sociales capitalinos Club Unión, Casa de España, Centro de Dependientes, Centro Sirio y de otras varias asociaciones, de las logias masónicas y oddfelas, del Partido Nacionalista, del Comité Pro-Monumento a Sánchez representado por sus miembros el Dr. Américo Lugo, Lcdo. Ml. de Js. Troncoso de la Concha y los señores Virgilio Lamarche, Manuel M. Morillo y Paino Pichardo, portadores de una hermosa ofrenda floral.

Los honorables miembros del Cuerpo Diplomático y Consular estuvieron representados por el Sr. Alfonso Herrera Salcedo, Encargado de Negocios de México y el Sr. Carlos E. Villanueva, Cónsul General de Venezuela, quienes fueron los depositantes de la hermosa corona que representa el homenaje de las naciones amigas al Padre de la Patria dominicana.

El Acto Inaugural.

En el momento en que llegó el Magistrado Presidente de la República el Parque Duarte y sus contornos se encontraba ya invadido por una enorme multitud en la que se juntaban, unificados por el amor y la gloria de quien consagró su vida a legarnos una patria libre, personas de todas las clases sociales, desde la más encumbrada hasta la más humilde. El espectáculo de aquella muchedumbre no podía ser ni más hermoso ni más emocionante. La mujer dominicana acudió a este acto embelleciéndolo con los atractivos de su persona y de su reverente espíritu y la población escolar allí reunida, ante el bronco de Duarte, presentó el sugestivo espectáculo de la generación que crece adquiriendo las lecciones del patriotismo.

A las 5.15 la Banda Municipal ejecutó el Himno a Duarte cantándolo a coro los escolares. El Hon. Presidente de la República, Lcdo. Estrella Ureña, con Don Federico Henríquez y Carvajal, subidos ambos en el pedestal de la estatua, tiraron de la cuerda y quedó descubierta la obra escultórica de To-

magnini, homenaje de la posteridad que ha tardado treintisiete años en realizarse, desde la fundación de la primera Junta Ercctora en 1893.

Fué este el instante más emocionante de las ceremonias; la multitud, con las cabezas descubiertas, irrumpió en aplausos al ser descorrido el velo; la Banda Municipal primero, y la Militar después, ejecutaron el Himno de la República, y mientras las armas del Ejército rendían los honores ante la figura de Duarte, la Fortaleza Ozama disparaba su salva de artillería atronando el espacio.

Los Discursos.

El Hon. Presidente de la República, Señor Lic. Rafael Estrella Ureña, fue el primero en el uso de la palabra, por haberle el Maestro cedido su turno, y pronunció un elocuente discurso que fue muy aplaudido por la multitud mientras descendía de la tribuna el orador y alto magistrado.

Siguióle en el uso de la palabra el Dr. Fed. Henríquez y Carvajal, orador de orden, en su carácter de Presidente de la Junta Ercctora. El discurso inaugural de este ilustre y honorable patriota, educacionista de varias generaciones, Presidente de la Junta Ercectiva del Monumento a Duarte, fué la nota culminante del hermoso acto que reseñamos. Al destacarse su figura en la tribuna, erguida de espíritu apesar de los años que han cubierto de honorable blancura su cabeza de pensador, nos parecía que contemplábamos la reencarnación de un patricio romano proclamando con orgullo desde el Foro las glorias de la patria y el honor imperecedero de sus fundadores. Habló el anciano orador con inspiración, con el pecho rebosante de amor a Duarte, con la mente iluminada y llevando la emoción de su verbo al auditorio, el cual lo oyó con la debida reverencia. Su discurso fué para consagrar a Duarte una vez más recordando el sufragio de cuatro generaciones que han exaltado su gloria, destacándolo como el Padre de la Patria y Fundador de la República. Citó lo que han dicho desde la tribuna o por escrito los dominicanos ilustres: los Presidentes González y Espaillat, Manuel de Js. Galván y Félix Del Monte, en sus necrologías, el General Grego-

rio Luperón, el Doctor Francisco Henríquez y Carvajal, Paino y Bernardo Pichardo, José Ramón López, M. Arturo Machado, Rafael C. Castellanos, Pedro Henríquez Ureña, Federico García Godoy, Miguel A. Garrido, Mariano Cestero, Casimiro N. de Moya, José Gabriel García y sus hijos, Fernando Arturo de Meriño, Emiliano Tejera, y las tres figuras eximias antillanas, Hostos el pensador, Martí y Máximo Gómez, libertadores. También lo que dijeron de Duarte sus contemporáneos, los patricios de su época, que tributaron la admiración de su grandeza y profesaron su apostolado: el Arzobispo Portes, el Padre Bonilla, los próceres de su causa Francisco del Rosario Sánchez y Matías Ramón Mella, José María Serra, Félix María Ruiz, la Oficialidad del Ejército Libertador Dominicano al pedir para Duarte el grado de Comanante en Jefe de las armas de la República, Pedro Alejandrino Pina, y aquel exaltado patriota, a quien el orador llamó el ilustre loco, Juan Isidro Pérez. Después de esas citas, el discurso resumió con el perfil egregio del ilustre Fundador, trazado con inspiradas palabras, y cerró con la memorable frase latina pronunciada en su hora postrera: "Es dulce, es bello, es heroico morir por la Patria". Pero dijo el orador, considerando la tragedia de Duarte que "es aún más dulce, más bello, y más heroico, vivir muriendo, años tras años, en el silencio doloroso, con el ansia viva de morir por la Patria".

La ovación de los aplausos irrumpió al bajar el Maestro de la tribuna, quien fué repetidas veces aplaudido en los vuelos de su grandilocuente discurso.

El Dr. Fco. A. Lizardo habló entonces, como Presidente del Ayuntamiento, para recibir el monumento en nombre de la Ciudad Primada, donde se mecía la cuna de Duarte y en la cual culminó en obra el ideal de su vida.

Fueron muy sentidas y hermosas las palabras del munícipe.

El discurso final, de corte ateniense, elocuente y vibrante, le cupo el honor de pronunciarlo al joven intelectual Paino Pichardo, en nombre de la Asociación Pro-Monu-

mento a Sánchez. Este discurso fué una verdadera revelación de las excepcionales dotes de orador que posee Paino. El público lo aplaudió entusiastamente y creemos que fué un acierto designarlo para ponerle el broche de oro a la brillante jornada patriótica de la tarde de ayer.

El Pedestal de la Estatua quedó cubierto de flores.

Cumplido el brillante programa de la tarde, el Presidente de la República se retiró con su comitiva después de recibir los honores militares que le fueron rendidos con los acordes del Himno y presentándole el batallón nuevamente las armas. Desde ese momento empezó a disolverse la concurrencia, quedando el pedestal de la Estatua de Duarte, ya entrada la noche, todo cubierto de hermosas coronas y con las flores ofrendadas por el homenaje de las escuelas. Qué hermosa la significación del acto de ayer!

El Concierto de la Noche.

Por la noche se cumplió la última parte del programa inaugural con el Concierto extraordinario que ejecutaron en el Parque Duarte, alternando sus selecciones musicales, la Banda del Ejército y la Banda Municipal. Aunque el cielo encapotado presentaba señales de lluvia, bastante concurrencia de damas y masculina fué a escuchar el programa de este concierto.

La Ofrenda de Santiago.

No dejamos terminar esta reseña sin consignar en ella la ofrenda floral enviada desde Santiago por la distinguida educacionista Srta. Ercilia Pepín, Directora del Colegio de Señoritas México, para que fuera depositada en nombre de su reputado plantel. Cumplieron este honorífico encargo, comisionados por la Profesora Pepín, los distinguidos santiagueses señores Ramón Emilio Jimenez, M. Alexis Lix y el Lic. Paulino, así

como también los caballeros capitaleños Enrique Apolinar Henríquez, Porfirio García Lluberes y Doctor Alcides García.

Filial Ofrenda.

Entre el ciento de ramos de flores, ofrenda del Instituto Salomé Ureña, hubo una bella guirnalda de laurel y rosas con esta senda y filial dedicatoria:— Las hijas espirituales de Salomé y Luisa Ozema son también tus hijas ¡oh Duarte!

Los Estudiantes Normalistas.

Precediendo al acto de desvelo de la Estatua Duarte, la Asociación de Estudiantes Normalistas de esta Capital se reunió en pleno en el local de la Escuela Normal poco antes de la hora fijada para realizarlo.

Allí se organizó el desfile de todos los alumnos hacia el parque Duarte, el cual constituyó una solemne demostración pública del sentimiento patriótico de la pujante juventud estudiantil.

El Presidente de la Asociación, nuestro joven amigo, Alfredo Mere, una de las mas destacadas figuras del movimiento de renovación y que ha dado los mejores impulsos a la brillante Asociación de Estudiantes Normalistas, pronunció ante de la partida, en el local mismo de la Escuela, un brillante discurso que le valió los mejores y mas sinceros aplausos de sus profesores y distinguidos compañeros de aulas.

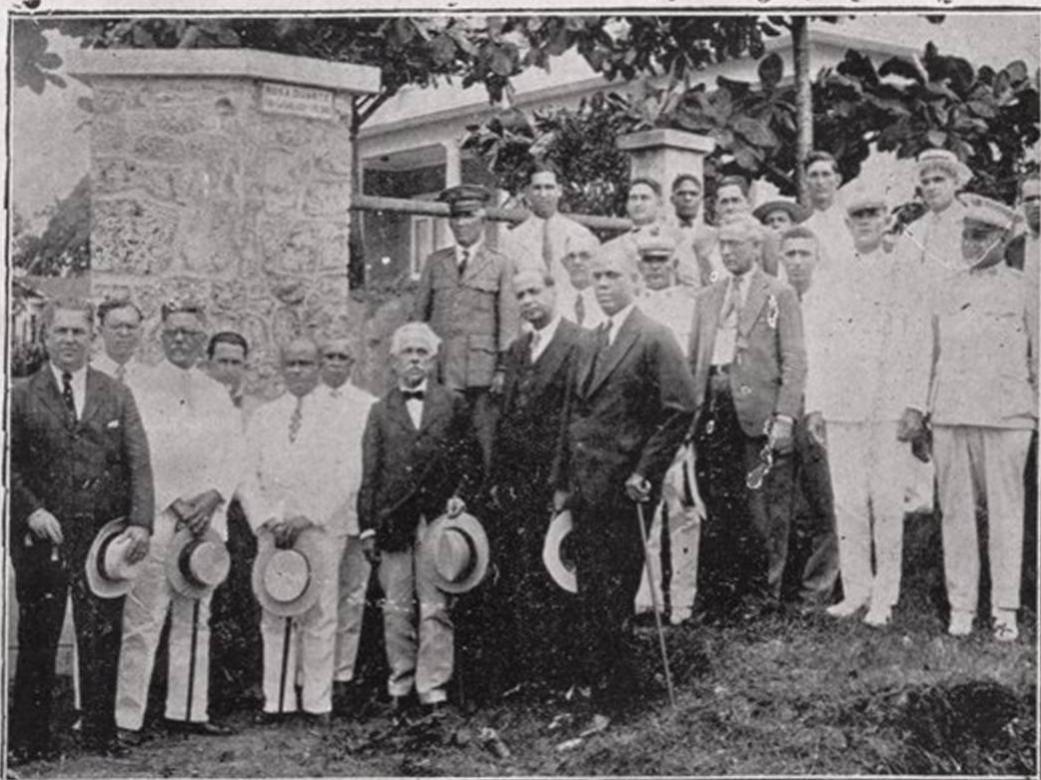
Distintivo de los Normalistas en este acto fué un lazo azul sobre la solapa derecha.

El desfile hacia la Plaza Duarte se efectuó, precedida la Asociación del Cuerpo de Profesores de la Escuela Normal y de la Junta Directiva de la Asociación.

Sobre el alto pavimento en que se levanta la Estatua del Padre de la Patria los Normalistas dejaron como lucida ofrenda rosas, muchas rosas, de los mejores jardines capitaleños.



Memento en que las alumnas del Instituto Salmé Ureña, del Liceo Leonor de Ovando, y de las escuelas Hostos, Chile, Argentina, Luisa Ozema P. de Henríquez, Leopoldo M. Navarro, y A. García Mella cantaban el Himno a Duarte, acompañadas por la Banda de Música Municipal.



Calle ROSA DUARTE, en Gascue, Ciudad de Santo Domingo. Memento en que, a los acordes del himno nacional, el Presidente del Ayuntamiento acababa de descubrir la tarja de mármol con el nombre de la ilustre hermana del Fundador de la República.

DUARTE ES UN SÍMBOLO

Conferencia leída por el Lic. Federico C. Alvarez en la Sociedad Literaria "Amantes de la Luz."

Juan Pablo Duarte, el fundador de la República Dominicana, no ha tenido la singular fortuna de que un biógrafo a la manera de Mason Weems, el de Jorge Washington, transmitiera a la posteridad la historia de su vida, noble y edificante, al través de anécdotas extrañas que hicieron resaltar, tanto como sus hechos inmortales, la grandeza de su alma. Nadie ha inventado para él una leyenda como la del hacha y el cerezo.

De su juventud apenas se sabe que fué educado en Europa, donde cursó estudios superiores. Se sabe también que nació en la ciudad de Santo Domingo de Guzmán y que pertenecía a una familia distinguida de aquella capital; pero ni aún las obras de texto, adoptadas en nuestras escuelas públicas, dan a conocer la fecha exacta de su nacimiento.

Esta general ignorancia de un hecho tan esencial para la completa concepción de la más noble figura de nuestra historia, es de todo punto injustificable.

Confieso, sin embargo, que después de terminados mis estudios en la Escuela Normal y a pesar de haber servido en ella como profesor de Historia Patria, jamás había pensado en el natalicio de Duarte.

Un hecho, puramente casual, grabó en mi memoria esta fecha, que ningún dominicano debería ignorar.

Era el mes de Enero de 1913. Viajaba hacia Santo Domingo por las costas de la República. Obligado a permanecer algunas horas en el puerto de Samaná, mientras el vapor tomaba cierta carga, tuve la oportunidad de conocer aquella pintoresca población.

Un hermoso espectáculo se ofrecía a nuestra vista: los niños de las escuelas, correctamente uniformados, asaltaban todos los botes del puerto para remar por las aguas tranquilas de la ensenada. A qué se debía este extraordinario privilegio? Se celebraba

acaso alguna fiesta escolar o se conmemoraba alguna fecha histórica? O se premiaba así a los niños de las escuelas por haber tomado parte en alguna manifestación de simpatía hacia el nuevo representante del Poder Ejecutivo en la Provincia?

Siguiendo a la multitud, presidida por las autoridades locales, penetramos en la casa consistorial, donde todo había sido dispuesto para un brindis oficial. Los primeros discursos, con sus incomprensibles generalidades y sus frecuentes alusiones a la persona del Gobernador, me dejaron sumido en la duda más absoluta acerca del carácter de la fiesta. Se levanta entonces un orador de porte arrogante: su voz es enérgica, su palabra fácil. Como los que habían precedido, no menciona personas ni relata hechos concretos; habla de virtudes cívicas, de anheladas grandezas y prosperidad para la patria, alabando los méritos del ciudadano ilustre cuyo nombre el orador, en un rebuscado artificio de retórica, se reserva para el final de su discurso. A quién iban dirigidas tantas alabanzas? Sería el Gobernador el objeto de aquel encendido ditirambo? Llegué a creer esto último porque el Gobernador, haciendo una ligera inclinación, parecía demostrar su reconocimiento por las palabras laudatorias del orador; no pude contener más mi indignación al considerar tanta bajeza, cuando afortunadamente el discurso terminaba con estas o parecidas palabras: "Ese dominicano ilustre, a quien tanto debe la patria por su invariable devoción al ideal y por su ilimitada abnegación patriótica" —dijo, señalando mejor el retrato que se levantaba detrás del Gobernador— "es Juan Pablo Duarte, cuyo centenario hoy conmemoramos."

Duarte había nacido, pues, el 26 de Enero de 1813. Luego, me dije con asombro, cuando Duarte concibió su gran proyecto de emancipación, sólo tenía 25 años! Prodigio-

sa y admirable juventud, que así supo inspirar en el corazón de Duarte el optimismo y la confianza en el ideal de una patria libre como proyectar sobre su inteligencia privilegiada la luz necesaria para encontrar los medios y procedimientos que debían convertir aquel ideal en una realidad tangible. . . .

En Duarte concurren las dos opuestas cualidades del idealista y del hombre de acción. Se ha dicho que la independencia italiana tuvo tres hombres: Mazzini, que fué el profeta; Garibaldi, que hizo de caballero andante y Cavour, el diplomático hábil, que realizó con sus alianzas y combinaciones la unidad de Italia. Duarte llevó a cabo lo que esos tres insignes patriotas hicieron separadamente: tuvo, la visión clara y precisa de "una república libre, soberana e independiente de toda dominación extranjera"; buscó en la constitución de una sociedad secreta el medio de difundir las ideas de emancipación y acaeció el momento oportuno para expulsar del territorio al invasor.

Del cerebro de Duarte, como Minerva de la cabeza de Júpiter, surgió la futura nacionalidad "armada de todas armas", vaciada en un molde esencialmente republicano, toda vez que su mismo nombre de "República Dominicana" es incompatible con cualquier otra forma de gobierno, bajo la insignia de la libertad y de la igualdad, representadas por la bandera tricolor, que, por razones históricas, debía tener entre nosotros una significación especial; porque habiendo los haitianos excluido de su bandera el color blanco, en el cual veían el símbolo de la raza dominadora, Duarte quiso significar por medio de la cruz blanca que en la nueva nacionalidad todas las razas estarían unidas por los vínculos de la igualdad y de la civilización.

Mas ¿quién debía suministrar los medios para llevar a cabo esta empresa, que parecía irrealizable? Volvería España por los fueros de su antigua colonia? Prestaría Francia su concurso? Aceptaría Colombia la Provincia que Núñez de Cáceres le ofreciera en el año 1821?

No; la emancipación debía efectuarse por el propio esfuerzo de los dominicanos. Del mismo modo que Carlos Alberto, Rey de Cerdeña, refiriéndose a la emancipación de

Italia, dijo: "Italia farà da se", Duarte había formado su convicción: Los dominicanos conquistarán su independencia solos!

La idea era nueva. Por espacio de varios siglos el país no había sido otro cosa que una colonia abandonada, de la cual sólo se ocupaba la metrópoli para seguir el absurdo sistema de coartar su libre desarrollo económico, poniendo trabas a su comercio de exportación y estableciendo toda clase de monopolios. La pobreza de la parte española de la isla contrastaba con la prosperidad de la vecina colonia francesa de Haití. Para librarse de un régimen opresivo, los dominicanos tuvieron que aliarse siempre a alguna nación extraña. Cuando este concurso hizo falta, establecieron los haitianos su humillante dominación.

¿Cómo podían los dominicanos pensar ahora en destruir la sólida tiranía de Boyer, ni mucho menos en conservar su independencia, cuando carecían de armas y de los medios de obtenerlas?

Pero Duarte sabía que las matemáticas materialistas no pueden aplicarse al destino de los pueblos; que éstos no se rigen solamente por cuestiones económicas sino también por cuestiones morales, que crean en su espíritu y en su conciencia necesidades tan apremiantes que vencen todas las dificultades. Había visto al pueblo de París derribar un gobierno por medio de barricadas en 1830, y se dijo: no son armas lo que necesita, sino hombres, hombres de fe y de dignidad, que se hayan jurado a sí mismos obtener la libertad o la muerte.

Esa fe en nuestro propio destino es la característica del ideal de Duarte. La independencia fué un hecho cuando esa fé penetró en el corazón de la mayoría de los dominicanos. Fué ella la que encendió el trabuco de Mella en la noche gloriosa del 27 de Febrero de 1844 é hizo decir a Domingo Daniel Pichardo, a raíz de la proclamación de la República, que "para sostener su independencia, basta el pecho de todos los dominicanos." Pero cuando ha faltado esta fé la República no ha podido subsistir, entregándose en brazos de una extraña dominación, que después ha resultado tan insoportable como el régimen anterior.

De ahí que el primer pensamiento de

Duarte no fué buscar armas sino hacer soldada del ideal de patria libre y con ese fin fundó, el 16 de Julio de 1838, la "Trinitaria", sociedad secreta cimentada sobre los principios del sacrificio y de la abnegación.

La organización de "La Trinitaria" era la obra de un espíritu aleccionado ya en la triste experiencia de las sociedades secretas de Europa. La forma de comunicarse los miembros entre sí, la prohibición de reunirse en asamblea y la ignorancia en que estaban los iniciados sobre los nombres de los otros fundadores, debían constituir una sólida estructura, que jamás podría destruirse, pues habiéndose fundado sobre el triángulo de una base triple de tres miembros cada una, aunque se descubriesen algunos de ellos o hubiese deflación, siempre quedarían en secreto los demás hasta dejar cumplido su sagrado juramento.

Sobre este punto Duarte superó a Mazzini, cuya sociedad secreta "La Joven Italia", no sabía ocultar sus patrióticas actividades.

No menos discreta fué la actuación de la sociedad en el campo de los ñechos. El ejemplo de Núñez de Cáceres hacía evidente que la proclamación de la República no debía fundarse sobre un simple pronunciamiento militar, sino sobre la confianza en el propio esfuerzo y ésta no podía adquirirse sino con la práctica y con el éxito de un primer movimiento. Todo trinitario, após ol de sus ideas e ideales, debía ejercitarse en el manejo de las armas, y para adquirirlas la sociedad resolvió aliarse al elemento liberal haitiano en el movimiento denominado de la Reforma, que debía echar por tierra la larga tiranía de Boyer. De ese modo los dominicanos tuvieron sus primeros encuentros contra el Gobierno de la ocupación, y cuando llegó la hora de proclamar la República, el 27 de Febrero de 1844, nadie dudaba de que la República podría mantenerse por el esfuerzo aislado de sus propios hijos.

En embargo, esta afirmación no era tan absoluta. No todos los que figuraron en el movimiento de independencia eran "trinitarios" sinceros y de buena fé. La creencia tradicional de que Santo Domingo carecía de medios materiales para mantener su soberanía y que necesitaba el concurso de una na-

ción extraña, subsistía aún en el espíritu de una gran parte de los dominicanos, que no dejaron un momento de impetrar la protección de Francia o de España, hasta caer en el injustificable error de la anexión.

Esta disparidad ideológica y moral de los autores materiales de la independencia debía conducir necesariamente a una profunda división.

Terminada la ocupación haitiana por el esfuerzo perseverante e inteligente de los trinitarios, se suscitaba una cuestión interna de enorme trascendencia: cómo debía organizarse el gobierno nacional? A quiénes se confiaría la dirección de los negocios públicos?

En el terreno de los principios la solución no podía ser otra que la proclamada por las nuevas democracias del continente americano: la adopción de una constitución política que confiase a la voluntad popular la selección de sus gobernantes. A ella se refería sin duda el Fundador de la República al dirigirse a la comisión de Puerto Plata, delegada para participarle la voluntad de varios pueblos del Cibao que lo proclamaban para la primera magistratura del Estado, cuando le habló en estos terminos:

"Me habéis dado una prueba inequívoca de vuestro amor y mi corazón agradecido debe dároslo de gratitud. Ella es ardiente como los votos que formo por vuestra felicidad. Sed felices, hijos de Puerto Plata, y mi corazón estará satisfecho, aún exonerado del mando que queréis que obtenga; pero sed justos lo primero, si queréis ser felices, pues ese es el primer deber del hombre; y sed unidos y así apagareis la tea de la discordia y venceréis a vuestros enemigos y la patria será libre y salva y vuestros votos se verán cumplidos y yo obtendré la mayor recompensa, la única a que aspiro, la de veros libres, felices, independientes y tranquilos".

Pero no fué esa la solución adoptada. El general Pedro Santana, amparándose en la fuerza que se le había confiado para la defensa de la patria, se proclamó Jefe Supremo de la República y disolvió la Junta Central Gubernativa, "sustituyendo así", según las palabras transcritas por el historiador José Gabriel García, "la fuerza al derecho y el soldado al ciudadano".

El 22 de Agosto del mismo año de 1844,

sin que hubiese precedido derramamiento de sangre, porque los partidarios de Duarte deseaban someterse al fallo de la nación expresado por medio de una elección libre, los principales trinitarios fueron declarados "traidores e infieles a su patria" y condenados a "destierro perpetuo".

La obra de los trinitarios quedó así incompleta: habían hecho "Patria", pero no habían podido establecer un régimen de "Libertad". Había terminado la era de los tiranos extranjeros para iniciarse la de los tiranos nacionales. Condenado a destierro por sus mismos compatriotas, Juan Pablo Duarte se resignó a vivir, ignorado de sus propios familiares, lejos de la patria, hasta que, realizada la anexión a España, volvió a ofrecer sus servicios como un simple soldado del ejército restaurador.

El que había ofrecido su persona y sus bienes para obtener la independencia de su país, no quiso jamás intervenir en nuestras sucesivas guerras civiles. El hombre fuerte, de fe inquebrantable, lleno de entusiasmo y de optimismo, frente a la fuerza, que parecía invencible, del ejército extranjero, se sentía desalentado y pesimista en la ardua labor de formar un gobierno estable, que garantizara a todos indistintamente una absoluta libertad individual y una honesta administración de los negocios públicos.

Talvez el espíritu de Duarte, castigado por la adversidad, llegó a creer que sus esfuerzos serían impotentes para contener la ola de sangre que se iniciaba con el pronunciamiento del ejército del General Pedro Santana en Julio de 1844, al advertir el doloroso espectáculo que a la sazón ofrecía la madre patria, juguete entonces de la ambición desenfrenada de los generales Espartero, Narvaez y O' Donnell, que llevaban a España de una revolución a otra, los cuales no se bataban, según las expresiones de un historiador, "por la libertad sino por algún jefe militar", y adoptando "constituciones-papeles", que nunca fueron respetadas.

Preocupó a Duarte, en primer término, por la preservación de la independencia. Participar en las guerras civiles era debilitar las fuerzas que tanto se necesitaban para rechazar las agresiones de los haitianos, y Duarte

no podía dividir sino multiplicar esas fuerzas. Exento de ambición personal, no volvió a su país sino cuando su concurso podía utilizarse en restaurar la independencia que tan torpemente se había enajenado.

Pero encontró a sus conciudadanos más perdidos aún que en 1844 por la ambición de políticos adocenados y de jefezuecos sin escrúpulos, y tuvo que abandonar de nuevo el país, manifestando "que si había vuelto a la patria después de tantos años de ausencia había sido a servirle con alma, vida y corazón, siendo cual siempre fué motivo de amor entre los dominicanos y jamás piedra de escándalo ni manzana de discordia".

Murió en Venezuela el 15 de Julio de 1876, precisamente a los 38 años de haber iniciado su movimiento libertador.

Su vida será siempre un ejemplo y una inspiración para las generaciones de todas las épocas. Su falta de ambición personal, su abnegación patriótica, su consagración al bien público y su inquebrantable fe en la capacidad del pueblo dominicano para el gobierno propio, constituirán siempre un estímulo para todos sus conciudadanos.

Duarte es la más pura personificación del ideal de patria "libre de toda dominación extranjera"; de una patria feliz, próspera y tranquila, edificada sobre la unión de todos los dominicanos, bajo el amparo de las más absoluta justicia; pues según decía a sus compatriotas: "sed justos, lo primero, si queréis ser felices, y sed unidos y así apagaréis la tea de la discordia y venceréis a vuestros enemigos".

Su obra maestra, La Trinitaria, es una demostración evidente de la prodigiosa virtualidad del principio de asociación. El 16 de Julio podría llamarse el Día de la Juventud, en memoria de aquel joven de 25 años que, lleno de unción religiosa y del más acendrado patriotismo, con una perfecta visión de los fines y los medios, se lanzó a la arriesgada empresa de dar libertad a un pueblo oprimido que había perdido toda esperanza de liberación, y que, por obra de la perseverancia y del común esfuerzo, logró conquistar, restaurar y conservar su independencia contra todas las vicisitudes y su complicada vida interna e internacional.

LA FAMILIA DUARTE.

Por Fed. Henriquez i Carvajal.

El apóstol abnegado de la causa separatista, acusado —él!— de traidor a la patria, que era su ideal i su obra, sería condenado a muerte i subiría al cadalso erigido por Santana como instrumento de gobierno; pero la última pena le fué permutada por una pena perpetua: el ostracismo *ad-vitam*.

Fué entonces cuando se produjo el éxodo de la familia en duelo, con excepción del padre nobilísimo antes fenecido, i se fueron a no volver la noble anciana viuda con sus hijos i sus nietos.

En Caracas —almáciga de libertadores— luego que el amado de los dioses pudo regresar de su inicuo destierro a las heladas costas de Irlanda, tuvo arraigo i fué encendido el modesto hogar de aquella familia modelo. De ocho personas principales se componía la familia: la madre, doña Manuela Díez i Ximenez, viuda Duarte, i sus siete hijos: Vicente Celestino, Juan Pablo, Rosa, Filomena, Sandalia, Manuel i Francisca.

Sólo el primogénito tuvo prole. Juan Pablo i Rosa, henchida el alma de amor i de dolor por la patria caída entre las manos impuras de los reaccionarios i los anexionistas, deshicieron compromisos amorosos i renunciaron al matrimonio. Manuel se volvió loco ante el cuadro de tristezas de su familia. Sandalia fué virgen i mártir en la aurora de su juventud florida.

Allí, al pié del Avila, rindieron todos la carga de la vida en duelo. Los últimos en morir fueron: Juan Pablo, el 15 de julio de 1876; Rosa, el 25 de octubre de 1888; Francisca, el 17 de noviembre de 1889; i Manuel, el 8 de agosto de 1890.

Vicente Celestino Duarte —el compañero de Sánchez i de Mella en la trilogía de los "encabezados", en la cual delegó el Jefe de la revolución una parte de su jefatura— se había casado, en 1822, con María de la Trinidad Villeta, hija de Agustín Villeta i de María Ponce de León. El padre de su esposa era italiano i murió "desmenuzado" por una jauría de negros haitianos. Hijos de ese matrimonio fueron: Enrique, Vicente, María Ignacia, Romualdo Ricardo i Wenceslao. Ellos también habían seguido la ruta dolorosa del destierro. Uno de sus hijos, Romualdo Ricar-

do, casó en Caracas con Francisca Rodríguez de Cosgaya, viuda de don Miguel Tejera de la Mota. Su hija, Matilde Duarte i Rodríguez de Cosgaya, casó en aquella misma ciudad del Guaire con don José Ayala. Doña Matilde Duarte de Ayala —que aún vive— cuenta entre sus hijos a Crispin, Hernán i José Ramón Ayala i Duarte. El último frisa ahora en los cincuenta años. Es casado con una cubana que luce el nombre —dulce a la memoria del alma— de Carmen García. Como fruto de su amor tienen un hijo, el cual acaba de cumplir catorce años, i parece que es el único i el último descendiente varón de don Juan Duarte, el noble padre del padre de la Patria. Es, pues, tataranieta de Vicente Celestino Duarte; bisnieta de Romualdo Ricardo Duarte; nieta de Matilde Duarte de Ayala; e hijo de José Ramón Ayala i Duarte, con quien se extingue el ilustre apellido del Fundador de la República Dominicana.

Pero no se extinguirá. El nieto de doña Matilde Duarte de Ayala lleva dignamente el apellido ilustre del perillustre dominicano. Nacido el 17 de noviembre de 1914 —precisamente el día en que cumplía el 25o. aniversario del fenecimiento de su tía Francisca Duarte— el 26 de ese mismo mes i año fué inscrito en la Oficina del estado civil, por voluntad de sus padres i de su abuela, anteponiéndole el apellido de los próceres trinitarios i febreristas a los dos que le correspondían de pleno derecho. Su nombre íntegro es, pues, como enseguida lo escribo: **Fernando Duarte de Ayala y García.**

De ese simpático adolescente tratan el certificado i la carta que su padre me envió de Caracas en 1928. Con él concluye la descendencia conocida de don Juan Duarte i doña Manuela Díez i Ximenez. Con un hijo suyo, si algún día llega a tenerlo, se iniciaría la segunda serie de aquella familia esclarecida. Justo i noble sería que, cuando se iniciara la nueva serie familiar, con el primer nieto del doctor José Ramón Ayala i Duarte, su hijo, el hoy adolescente **Fernando Duarte Ayala i García**, al primogénito i heredero del apellido ilustre le pusiese el esclarecido nombre de **JUAN PABLO DUARTE.**

Sería una ofrenda de amor al mentor i guía de la causa libertadora.

ESTATUA A DUARTE.

Nómina de las varias Juntas Erectoras
constituidas i que actuaron de 1893 a 1930.

1893 — 1900.

Presidente Honorario:
Dr. Fdo. Arturo de Meriño,
Arzobispo de Santo Domingo.
Presidente:

Lic. Félix M. del Monte.

Vice-presidente:

José M. Pichardo Betancourt.

Vocales:

Lic. Emiliano Tejera

José Gabriel García

Lic. Fed. Henríquez i Carvajal

Eugenio de Marchena

Lic. Apolinar Tejera

Dr. Fco. Henríquez i Carvajal

Lic. Heriberto de Castro

Tesorero:

Lic. Manuel Pina Benítez

Secretario:

Félix Evaristo Mejía.

1901 — 1906.

Presidente Honorario:
Dr. Fdo. Arturo de Meriño.
Presidente:

Lic. Emiliano Tejera.

Vocales:

José Gabriel García

Lic. Fed. Henríquez i Carvajal

Lic. Apolinar Tejera

Dr. Fco. Henríquez i Carvajal

Lic. Heriberto de Castro.

Tesorero:

Lic. Manuel Pina Benítez.

Secretario:

Félix E. Mejía.

1907 — 1916.

Presidentes Honorarios:
Lic. Emiliano Tejera
Dr. Adolfo A. Nouel,
Arzobispo de Sto. Domingo.
Presidente:

Dr. Fed. Henríquez i Carvajal

Vocales:

Félix E. Mejía

Lic. A. Arredondo Miura

Lic. Apolinar Tejera

Fco. Aybar y Núñez

Bernardo Pichardo

Ignacio Guerra hijo

Tesorero:

Amable Damirón

Secretario:

Lic. Rafael Delgado Tejera.

1925 — 1928.

Presidente:

Dr. Fed. Henríquez i Carvajal

Vocales:

Lic. Manuel Pina Benítez.

Félix E. Mejía

Lic. Enrique Henríquez

Dr. Aristides Fiallo Cabral

Falipe A. Vicini

Alfredo Ricart Olives

Lic. A. Arredondo Miura

Lic. R. Delgado Tejera

Emilio Tejera Bonetti

Lic. Luis C. del Castillo

Juan Alejandro Ibarra

Tesorero:

Fco. Aybar y Núñez.

Secretario:

Dr. Alcides García.

1928 — 1930.

Presidente:

Dr. Ramón Báez

Vicepresidente:

Dr. José D. Alfonseca

Vocales:

Dr. Fed. Henríquez i Carvajal

Arturo Pellerano Sardá

Augusto Chotin.

Secretario:

Vicente Linares Espejo.

1930.

Presidente:

Dr. Fed. Henríquez i Carvajal

Vicepresidente:

Dr. José D. Alfonseca

Vocales:

Augusto Chotin

Arturo Pellerano Sardá

Secretario:

Vicente Linares Espejo.



Periodo DR. A. FERNANDEZ SPENCER